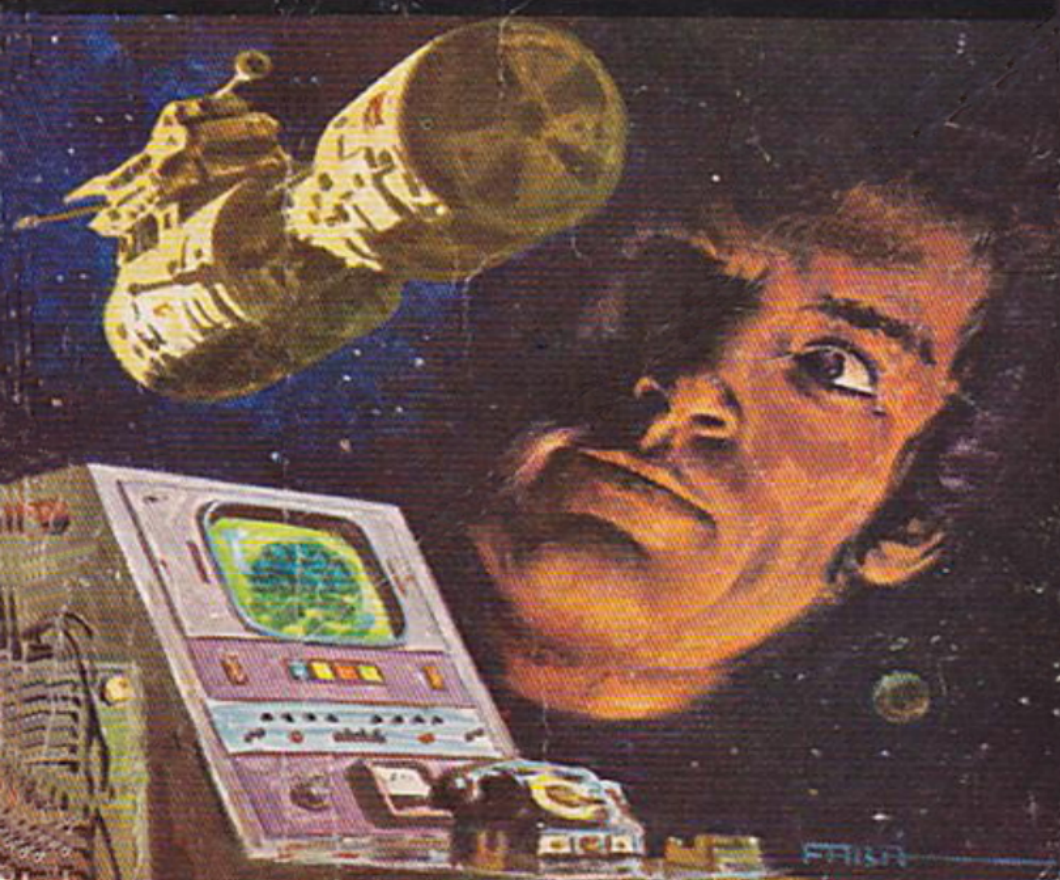


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

PSICONTROL

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION

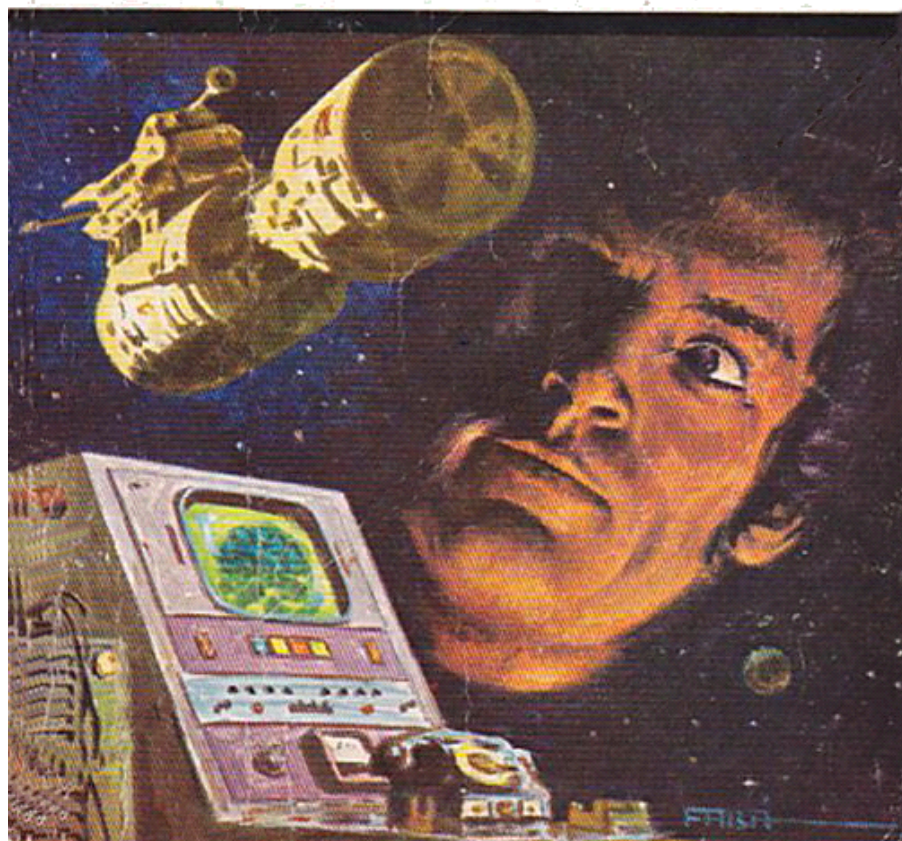


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

PSICONTROL

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION





CLARK CARRADOS

PSICONTROL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 247
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

242 — *Muñecas mecánicas*, Curtis Garland.

243 — *Cementerio espacial*, Marcus Sidereo.

244 — *Los libertado, res del espacio*, J. Chandley.

245 — *El día que no salió el sol*, Ralph Barby.

246 — *Los polizones de la muerte*, Marcus Sidereo.

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: U. 10.953 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1975

© Clark Carrados - 1975

texto

© Salvador Fabá - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S. A. Mora la Nueva, 2
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo que cualquier
semejanza con personajes, entidades o hechos
pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la
Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

A principios del siglo XXI había siete mil millones de personas sobre la Tierra.

Entonces se produjo la Tercera Guerra Mundial o Guerra Cataclísmica.

Murieron más de seis mil quinientos millones de seres humanos. Apenas si quedaron con vida unos cuatrocientos ochenta millones.

La humanidad se rehízo lentamente de aquella tremenda catástrofe. En medio de todo, el planeta no se había hecho inhabitable.

Las bombas y cohetes de todo género que se lanzaron los contendientes no contaminaron el planeta con su radiactividad ni lo hicieron estallar en pedazos como temían los más pesimistas. Eran ingenios explosivos de indescriptible potencia que, sin embargo, sólo causaban la muerte y la destrucción en el momento del impacto sin consecuencias secundarias. Por eso, quizá, no hubo vencedores ni vencidos.

Todos fueron derrotados. Pero ¿habían aprendido los hombres la terrible lección?

Ochocientos años después de la Tercera Guerra, Total o Cataclísmica, según el calificativo que cada cual quería darle, el mundo, tras una era inigualable de paz, se encontraba de nuevo al borde de un conflicto mundial.

Apenas nadie se daba cuenta de ello, pero en las altas esferas sí se sabía.

Y se temía que ocurriese lo peor.

Una Cuarta Guerra barrería del planeta los últimos restos de la humanidad. En ochocientos años, el número de habitantes del planeta había alcanzado una cifra próxima a los mil millones de habitantes. Esta vez, no habría supervivientes.

Pero la población en general, desconocía los peligros que se cernía sobre ella.

De nuevo había misiles y cohetes de largo alcance en los silos, cada uno de ellos con su blanco asignado. En el momento en que se efectuase la declaración de guerra, miles y miles de proyectiles sembradores de la muerte, partirían hacia sus objetivos previamente designados.

El viejo conflicto, cuyas devastadoras consecuencias no parecían haber producido ninguna enseñanza entre los actuales dirigentes políticos, parecía absolutamente olvidado.

La Cuarta Guerra Total, ahora en el más amplio sentido de la palabra, estaba en puertas.

La Tercera Guerra se había producido entre el Este y el Oeste. Ahora, si estallaba la Cuarta Guerra, sería entre el Norte y el Sur.

Y nadie, medianamente enterado de la marcha de los asuntos políticos, tenía la seguridad de que no se produjera el conflicto.

La Larga Paz estaba a punto de finalizar.

* * *

El hombre estaba sentado en un alto taburete, situado junto a una mesa de trabajo, con un enorme casco en las manos. Tan abstraído se hallaba en su labor, que no se dio cuenta de que alguien entraba en el cuarto que, en realidad, era un laboratorio físico.

—Larga Paz, profesor —saludó el recién llegado, empleando la fórmula de ritual.

—¿Eres tú, Melville? —preguntó el hombre que trabajaba, sin levantar los ojos de su tarea.

—En efecto, profesor. Larga Paz...

—Oh, no me vengas con esa fórmula idiota, que sólo se pronuncia de labios para afuera. Mel Ockers, límitate a decir buenos días o tardes o noches, pero no esa tontería.

—Hace ochocientos años que el mundo está en paz, profesor —dijo Melville Ockers, ligeramente sorprendido por las palabras de su interlocutor.

—Noticia fresca —rió el otro—. Pero esa Larga Paz está a punto de

quebrantarse. ¿O es que no oyes lo que se dice por ahí?

—Se rumorea...

—Sí, se rumorea demasiado, pero nadie suelta prenda. Sin embargo, yo sé que pronto habrá guerra, a menos que alguien lo remedie.

—Sería horrible, profesor —se estremeció el recién llegado.

—Desde luego, aunque no te he llamado para hablar de la guerra, muchacho. ¿Sabes qué es este aparato?

Ockers se acercó a la mesa de trabajo.

—Parece un casco de astronauta —dijo.

—Es algo más —sonrió el profesor—. Es un casco de Psicontrol.

—Psi... ¿qué?

Ockers miró al hombre que estaba frente a él, de recia figura, en la que todavía había una considerable fortaleza física, a pesar de la casi total blancura de sus cabellos. Ignoraba su edad, pero a veces pensaba que Kiffer Tzorvux había cumplido ya los doscientos años. Sin embargo, por su apariencia podía calcularse que no había llegado aún a los sesenta.

—Psicontrol —repitió Tzorvux pacientemente—, Mel, entre tus numerosos títulos figura el de piloto de astronave interestelar, ¿no es así?

—En efecto, profesor, aunque hasta ahora no he hecho más que algún viaje corto a Sirio Seis, y eso en calidad de tercer ayudante del segundo piloto. Vamos, una especie de guardiamarina del espacio, para que lo entienda.

—Lo entiendo perfectamente, Mel. Sé muy bien cuál es tu categoría como piloto de astronave, sobre todo, si quisieras dedicarte a esa profesión. Pero a ti te gusta más la psicoingeniería, ¿no es cierto?

—Usted lo sabe todo acerca de mí. ¿Por qué lo pregunta?

—Mel, si tú quisieras ahora volar a Sirio Seis, ¿qué harías? Suponiendo, claro está, que fueses primer piloto y capitán de la nave.

—Bueno..., lo primero que haría sería una completa revisión...

—Esa revisión está hecha. Hay combustible y víveres a bordo, en las cantidades prescritas por los reglamentos. Yo lo que te pregunto es por las operaciones de vuelo.

—Bien, me sentaría en el asiento correspondiente... Los oficiales me habrían dado ya los informes necesarios sobre sus respectivos departamentos... Ordenaría despegue lento, luego aceleración gradual... Usted sabe que esto se puede hacer perfectamente con los generadores de antigravedad; ya no es necesario salir disparado al espacio, como sucedía con los viejos cohetes...

—Sí, hay un montón de complicadas operaciones que realizar antes de alzar el vuelo y el piloto de una nave tiene que poseer un cerebro tan perfecto como el de todas las computadoras de a bordo. Demasiado complicado todavía, ¿no crees?

—Pero sencillo una vez se ha despegado y marcado el rumbo. Entonces, entran en funcionamiento los pilotos automáticos y ya no se necesita hacer nada hasta hallarse en las inmediaciones de la zona de aterrizaje

—Lo sé —murmuró Tzorvux pensativamente—. Mel, ¿qué pensarías tú de un aparato que suprimiese todos los controles de una astronave?

Ockers se quedó atónito.

—¡Eso es imposible! —exclamó.

—Lo mismo dijo Luis XVI cuando le iban a cortar la cabeza. ¿O fue Carlos I de Inglaterra? Bueno, no importa; en millones de ocasiones, millones de personas han repetido esa frase. Y luego resultó que lo que estimaban imposible, resultó posible.

—Profesor, ¿adónde quiere ir a parar usted?

Tzorvux se volvió hacia aquel extraño casco y movió un destornillador cuatro o cinco veces. Luego se apeó del taburete.

—Mel, si fueses otro, yo no te diría nada, pero no en vano te llamé para que fueses mi ayudante personal, después de haber estudiado los expedientes personales de unos trescientos aspirantes a este puesto. Por eso mismo, vas a tener el honor de ser el primero en saber qué es el Psicontrol. Aparte de su inventor, que soy yo, claro —añadió el profesor zumbonamente.

Luego hizo un gesto con la mano.

—Anda, carga con ese artilugio —indicó.

Ockers cogió el casco que, si grande por fuera, en el interior tenía las mismas dimensiones que uno corriente. No obstante, en la curva superficie exterior vio una especie de círculo de puntitos salientes, cuyo objeto escapaba por el momento a sus conocimientos.

Era ayudante del profesor Tzorvux, ciertamente, pero había trabajos que éste realizaba en persona, sin la intervención de ajenos. Aquel casco era un trabajo absolutamente personal del profesor.

—Ven conmigo, Mel.

Ockers siguió a Tzorvux. Salieron del laboratorio y pasaron por una habitación en la que el joven, pese a su confianza depositada en él, había estado muy pocas veces. Era una estancia que no mediaría menos de sesenta metros de largo por veinte de ancho y seis o siete de altura. Las paredes estaban ocupadas por enormes armarios metálicos, en muchos de los cuales se veían infinidad de lamparitas eléctricas, que oscilaban sin cesar.

En el centro había una especie de consola de control. A la izquierda, en un lienzo de la pared, se veía un gran mapa del planeta, trazado sobre un vidrio deslustrado que no mediría menos de seis metros de largo por cuatro de alto. Ockers sabía que aquellos aparatos, que suponía perfectísimas computadoras, eran la obra personal del profesor; pero nunca había conseguido saber su objetivo.

Atravesaron la estancia y pasaron a un cobertizo de grandes dimensiones, en el que se veía una pequeña astronave de forma lenticular. Satisfecho, Tzorvux golpeó con la mano el brillante metal del casco.

—Ah, la energía másica —dijo—. Es la energía total, como tú sabes muy bien, Mel. La humanidad no acabará nunca de agradecer ese descubrimiento al profesor Wirqombus.

—Lo sé —contestó Ockers—. Pero Wirqombus murió hace setenta años...

—Sí, eso dicen. Anda, entra en la nave. Yo iré contigo.

Ockers obedeció, sin saber muy bien qué quería Tzorvux de él. Sabía que el profesor tenía la nave para pequeñas excursiones dentro

del sistema solar, aunque, en caso necesario, podía hacer viajes a otros sistemas solares situados relativamente cerca. Alguna vez, para descargar su mente de la tensión producida por el trabajo, Tzorvux le pedía que pilotase el aparato para realizar una excursión espacial, cosa que al joven también le agradaba. Pero ahora ya llevaban meses sin que la nave se hubiese movido del cobertizo.

Tzorvux presionó un resorte. El tejado a dos aguas del local se abrió a ambos lados, dejando el cobertizo sin techo. Luego entró en el aparato.

—Siéntate en tu sitio, Mel.

—Sí, profesor.

A continuación, Tzorvux puso el casco sobre el cráneo de su ayudante, sujetándolo con el barboquejo. Ockers había podido darse cuenta de que había una docena de cables que partían del cuadro de mandos y cuyo objeto le resultaba desconocido por el momento.

Tzorvux empalmó los cables a las protuberancias exteriores del casco. Al terminar, entregó algo a su ayudante.

—La llave de contacto, Mel —dijo.

Ockers la introdujo en la ranura correspondiente. Inmediatamente, sintió una serie de pinchazos en la piel del cráneo, muy leves, no obstante.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —gritó.

—No te preocupes. —Tzorvux se sentó en el sillón contiguo—. Mel, delante de ti están los mandos de la nave, pero no los toques. Piensa, como si dices una orden, en que el aparato se debe elevar solamente. Es decir, emite una orden mental, ¿has entendido?

—Sí, señor.

Instintivamente, Ockers cerró los ojos. «Despega», pensó.

¡Y la nave, suavemente, sin la menor sacudida, se alzó del suelo!

CAPITULO II

Cuando aterrizó, tres horas más tarde, Mel Ockers se sentía como embriagado.

Durante todo aquel tiempo, había realizado infinidad de maniobras, pasando desde unos pocos kilómetros a la hora a miles de kilómetros por segundo, subiendo, bajando, ascendiendo a alturas increíbles y desplomándose como si fuese a estrellarse sobre el planeta, para rectificar en el momento oportuno.

—Y todo eso lo he hecho sin necesidad de tocar los mandos una sola vez —dijo, maravillado, todavía con el casco en la mano.

Tzorvux sonrió.

—Eso es Psicontrol, Mel —contestó.

—Ahora entiendo. A partir de este momento, todos los aparatos móviles podrán manejarse sin necesidad de instrumentos, sólo con desearlo...

—Naturalmente, contando con el casco necesario y los circuitos y transformadores convenientes, instalados en el aparato o astronave que se pretende manejar psíquicamente. De otro modo, sería preciso emplear los mandos convencionales.

—Sí, resulta obvio. Pero, profesor, usted patentará el invento...

—Por ahora, me reservo la respuesta —contestó Tzorvux sibilinamente—. Anda, vamos a la cocina; tengo un hambre de lobo. Eso de no tener un ama de llaves... A ver si alguien contesta al anuncio que he puesto en el diario televisado.

Atravesaron el edificio nuevamente. Todavía aturdido por lo que había visto, Ockers preparó unos bocadillos, que luego consumió en unión del profesor.

Mientras comían, dijo:

—Estoy preocupado. ¿Cree que habrá guerra? La Alianza Meridional insiste en sus reivindicaciones. Los Nórdicos se niegan a

ceder.

—Unos y otros tienen razón, aunque no la suficiente y mucho menos para desencadenar el conflicto. Pero lo cierto es que las baterías de cohetes de ambos mandos están listas para ser disparadas en el momento en que las negociaciones fracasen.

—Profesor, yo creo que si ¡as dos partes cediesen un poco, digamos un diez por ciento, de sus pretensiones, la guerra se podría evitar, ¿no le parece?

—Los Meridionales son exagerados y los Nórdicos unos presuntuosos. Esto representa dos posturas de difícil conciliación. A los Nórdicos les revienta que los Meridionales pidan algo que, en el fondo, les pertenece; pero éstos, por su parte, se han pasado de la raya y quieren que se les entregue mucho más de lo que sería justo.

—Yo tengo una opinión formada, profesor —dijo Ockers—, y me gustaría que me dijera si me equivoco o estoy en lo cierto.

—Bien, oigamos esa opinión —sonrió Tzorvux.

—La zona en litigio tiene una extensión de seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, y está poblada por unos cincuenta millones de habitantes. ¿Por qué no se permite que éstos se manifiesten, mediante una votación o un sistema parecido, para que elijan el bloque al cual quieren pertenecer?

—Te diré una cosa, muchacho. Esa idea no es nueva, se les ha ocurrido a muchos antes que a ti. Pero nadie quiere que los afectados voten. Todo el mundo sabe lo que sucedería: esa zona se declararía independiente de ambas naciones semiplanetarias.

—Ya entiendo. Y tanto los del Norte como los del Sur pretenden que la zona en disputa sea para uno de ellos en exclusiva.

—Exactamente. La verdad es que Neutralia...

El profesor se interrumpió. Acababa de sonar el timbre de llamada.

—Iré a ver —se ofreció Ockers.

Tras ponerse en pie, dejó la cocina, cruzó la vivienda y abrió la puerta delantera. También abrió la boca.

Melville Ockers tenía motivos para sentirse estupefacto. Delante de él había una hermosa joven, de unos veinticuatro años, alta y de esbelta silueta, cuyo pelo castaño despedía a veces reflejos dorados. Su piel, sin embargo, tenía un agradable tinte bronceado, que no se debía solamente a los baños de sol, pero que, por lo mismo, la hacía doblemente atractiva.

—¡Cielos! —dijo.

—Yo no me llamo así —sonrió la beldad—. Mi nombre es Jenny Miller y busco al profesor Tzorvux.

—Ejem. . Perdóneme, señorita; me he quedado tan aturdido... Yo soy Melville Ockers, su ayudante. ¿Quiere pasar, por favor?

—Muchas gracias.

Ockers estudió de reojo a la muchacha, que vestía sencillamente: blusa blanca, pantalones muy cortos de color azul claro y unas livianas sandalias de medio tacón. Pendiente del cinturón que rodeaba su delgada cintura llevaba una especie de bolsa, que debía de contener sus objetos y documentación personales.

—I... iré a avisar al profesor... —dijo Ockers.

—No es necesario, ya estoy aquí —exclamó el aludido—. ¿Quién es esta linda muchacha?

—Jenny Miller —dijo la aludida, a la vez que abría el bolso—. Traigo algo para usted, profesor.

Jenny enseñó un extraño objeto, que llamó no poco la atención del joven. Era una estrella de cristal opalino, de siete puntas, con bordes de oro, en cuyo centro había una letra en esmalte rojo, igualmente bordeado del mismo metal. Ockers pudo ver "que era la letra P.

Tzorvux tomó la estrella y la volvió, para examinar el reverso.

—Número setenta y siete —dijo.

—Sí, profesor.

—Mel es de toda confianza, señorita —dijo el profesor—. Hable sin temor en su presencia.

—Le traigo un mensaje —manifestó Jenny.

Por segunda vez, metió la mano en su bolso, después de guardar la estrella, que Tzorvux le había devuelto. Sacó un tubito del tamaño de un cartucho de pistola y se lo entregó al profesor.

Tzorvux hizo saltar en la mano el tubito.

—¿Tiene conocimiento de lo que contiene? —preguntó.

—No de una manera concreta, aunque sí en general, profesor —respondió la hermosa muchacha.

—Está bien, muchas gracias. —Tzorvux se volvió hacia el joven—. Mel, si no ha conocido nunca a una neutra- liana, aquí, delante de usted, hay un espléndido ejemplar.

—Oh, usted es de Neutralia —exclamó Ockers:

—En efecto —sonrió ella.

—Dicen que Neutralia es un país muy hermoso. Me gustaría conocerlo.

—El viaje no es difícil, señor Ockers.

—Vamos, vamos, ¿por qué emplean tantas ceremonias, tratándose de dos personas jóvenes? El se llama Mel y ella Jenny, y eso debe ser suficiente. Mel, invita a algo a la chica; yo tengo trabajo en la sala de computadoras.

—Sí, profesor. ¿Qué prefieres, Jenny?

—¿Café?

—Está recién hecho.

Ockers guió a la chica hasta la cocina y le sirvió una taza de café. Mientras ella removía el azúcar, Ockers dijo:

—Precisamente, cuando tú llamabas, hablábamos de tu país.

Ella se puso seria.

—Es un territorio pequeño, pero, por eso mismo quizá, muy codiciado por las dos grandes naciones semiplanetarias —manifestó.

—Ahora pertenece al Norte.

—A la fuerza. Fuimos anexionados después de la

Guerra Total, aunque no se llevó a cabo en un día. Pero deseamos la independencia.

—Cosa que ni el Norte ni el Sur están dispuestos a concederos.

—Así es. —Jenny parecía muy triste—. No contamos para nada, no nos han consultado acerca de nuestras preferencias... Si la guerra estalla, Neutralia será la primera víctima. Tanto los Nórdicos como los Meridionales, preferirán que mi país quede arrasado antes de que pase a poder del otro bando.

—Pero Neutralia pertenece ya a la Zona Nórdica.

—Nosotros pensamos que ilegalmente. Hace cientos de años éramos libres e independientes. ¿Por qué nos subyugaron? ¿Sólo por la bondad de nuestro clima, la apacibilidad de nuestras costumbres... o por las riquezas que posee el subsuelo?

—Habría muchas respuestas para tus preguntas, pero, desgraciadamente, yo no soy político ni me interesa la política. Aunque, por supuesto, comprenda tus puntos de vista.

—Pero no los compartes.

—¿Serviría de algo?

—Eres un Nórdico...

La voz de Tzorvux sonó repentinamente en el fondo del edificio:

—¡Mel, Jenny, venid inmediatamente!

Ockers sonrió.

—Creo que debemos aplazar esta discusión —propuso—. ¿Vamos?

Jenny se puso en pie.

—Nórdico —repitió, despreciativamente.

—Te equivocas, Jenny.

—Entonces, peor todavía.

—Ah, ¿piensas que un Nórdico es mejor que un Meridional?

—Prefiero callar mi opinión.

—Sí, es mejor.

Instantes después, entraban en aquella enorme sala viendo al profesor sentado ante la consola de control.

—Acercaos —indicó Tzorvux.

Ockers y la muchacha obedecieron. Tzorvux presionó un botón y, en el acto, se iluminó el mapa de vidrio que había a su izquierda.

Un segundo botón provocó el encendido de dos series de lamparitas, situadas a ambos lados del mapa, en sendas zonas bien definidas.

—Silos de lanzamiento de cohetes —anunció el profesor.

—¿Cómo? —se asomó Ockers—. ¿Conoce usted...?

—Silencio, por favor.

El joven, asombrado, calló. Tzorvux, abstraído en su labor, manipulaba en el teclado de la consola de mandos.

De repente, aparecieron en el mapa una serie de bombillas, regularmente distribuidas en ambos sectores.

—Aquí están los silos de cohetes cuyo emplazamiento necesitaba conocer —dijo Tzorvux.

—Sí, pero eso, ¿para qué sirve?

Tzorvux se puso en pie.

—Jenny, haz el favor de apretar el botón que te señalo —dijo.

Ella obedeció.

Todas las bombillas se apagaron en el acto.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ockers casi a gritos.

—Muy sencillo —contestó el profesor—. Si la guerra estalla, tendrá que desarrollarse a base de las antiguas armas convencionales, de las cuales hay poquísimos ejemplares, por fortuna. Pero ni un solo

cohete despegará de sus bases de lanzamiento, porque tanto los sistemas de encendido como las espoletas que activarían los explosivos, han quedado inutilizados.

* * *

Ockers se quedó atónito al escuchar aquellas palabras. Miró a la muchacha y, aunque la vio muy impresionada, le pareció que Jenny ya esperaba algo parecido.

—¿Cómo lo ha conseguido usted, profesor? —preguntó.

Una lámpara centelleó en aquel momento sobre el dintel de la entrada.

—Me parece que llaman, Mel —dijo Tzorvux—. Jenny, ve con él y atiende a los visitantes. Yo saldré dentro de unos momentos.

—Si, profesor. ¿Vamos, Mel?

Esta vez fue Ockers el que, todavía estupefacto por lo que acababa de presenciar, se dejó llevar hasta el vestíbulo. Jenny abrió y, en el acto, vio a dos sujetos vestidos correctamente parados ante el umbral.

—Buscamos al profesor —dijo uno de ellos.

Ockers reaccionó.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

El que había hablado respondió:

—Sam Buckley. Mi compañero se llama Will Lardner. Por favor, queremos hablar con el profesor.

—Tendrán que aguardar. Ahora está ocupado.

—No tenemos prisa.

Buckley y Lardner entraron en la casa. Los dos vestían de la misma manera: blusa de mangas largas y pantalones-botas muy ceñidos al cuerpo. Cada uno de los dos llevaba en su mano de izquierda un pequeño bolso rectangular, de rígida estructura.

Dentro de la casa se escuchaba un singular zumbido. A los pocos momentos, cesó. Instantes después, Tzorvux se hacía visible.

—Caballeros...

Ockers hizo las presentaciones. Buckley manifestó sus deseos de hablar a solas con el científico.

—Lo siento. El señor Ockers y la señorita Miller gozan de toda mi confianza —dijo Tzorvux.

—Muy bien. —Buckley no pareció molestarse por la negativa—. Profesor, mi amigo y yo estamos autorizados para ofrecerle a usted dos millones de guineas por la patente de su Psicontrol, más otros diez, para investigaciones de ampliación de potencial del aparato.

Ockers sintió que se mareaba.

—¡Dos millones...!

—En mano y en el acto —corroboró Buckley, impasible—. Los diez millones restantes le serán entregados en el momento de la firma del contrato sobre el compromiso de investigación.

—¿Con quién he de comprometerme, caballero? —preguntó Tzorvux.

—Con la *Star Development*, de la que somos legales representantes, profesor.

—Juraría que es una firma ficticia, inventada por alguien para la ocasión. ¿Quién está detrás del director de paja de la S. D.?

Esta vez, el rostro de Buckley acusó el golpe y se puso rojo.

—Los dos millones dan derecho a nuestros representados a callar su identidad —contestó malhumoradamente.

—A mí no me importan esos derechos, porque no los reconozco. Simplemente, rechazo la propuesta.

—¿Ni siquiera por el doble?

La respuesta de Tzorvux fue tajantemente lacónica:

—¡No!

Buckley suspiró.

—Cuánto lo siento, profesor.

Y abrió el pequeño maletín que llevaba en la mano derecha, del que sacó en el acto una antigua, pero efectiva pistola de tambor.

—Le guste o no, va a firmar ahora el contrato —dijo.

CAPITULO III

Buckley apenas si tuvo tiempo de completar su amenazadora frase. Un pie se alzó relampagueantemente, golpeó su muñeca e hizo saltar el arma por los aires.

El sujeto lanzó un aullido de dolor y se tambaleó. Ockers volvió a usar el pie, dirigiéndolo ahora a su estómago. Buckley se sentó en el suelo, con las manos apoyadas en la región tan cruelmente afectada.

Lardner forcejeaba para abrir el maletín. Convertido en un torbellino, que hacía abrir la boca a Jenny, Ockers saltó sobre él, le quitó el maletín y empezó a golpearle con él la cabeza.

Lardner maldijo. Intentó defenderse, pero cuando una rodilla se le incrustó en la ingle, desistió de sus propósitos y, al igual que su compinche, se sentó en el suelo.

—Abre, Jenny —ordenó el joven.

Ella obedeció. Jenny se quedó pasmada al ver las enormes fuerzas físicas que poseía Ockers.

Dos cuerpos humanos fueron alzados en vilo y proyectados a diez metros de distancia, sin aparente dificultad. Buckley y Lardner rodaron gimiendo por el suelo, aturdidos por los golpes y sin comprender muy bien lo que les había ocurrido.

Al cabo de unos minutos, rezongando y lanzando maldiciones de grueso calibre, se levantaron y caminaron hacia el aeromóvil posado a corta distancia. Momentos después, desaparecían de la vista de los ocupantes de la casa.

Ockers cerró la puerta.

—Asunto concluido —dijo.

Pero Tzorvux no era de su misma opinión.

—No lo creas, muchacho; esto no es más que el comienzo —aseguró.

—Ellos sabían que usted ha inventado el Psicontrol. ¿Cómo han podido averiguarlo?

—Lo ignoro, pero lo cierto es que lo saben. Como comprenderás, no estoy dispuesto a permitir que se lo lleven.

—No entiendo cómo lo impedirá, profesor.

—Ya se me ocurrirá algún método, no te preocupes. De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Más compradores del Psicontrol? —murmuró Ockers.

Abrió. Una hermosa dama, de unos cuarenta años, de pelo negro y silueta bien cuidada, apareció ante sus ojos. —¿Cómo está usted, profesor? —saludó la mujer.

—Señora, creo que se equivoca —sonrió Ockers—. Yo sólo soy su ayudante. El profesor está allí...

—Oh, dispénsame —sonrió ella—. Me llamo Dolores Paz. He leído el anuncio donde piden un ama de llaves. Quizá sea yo la persona indicada para ocupar ese puesto.

Tzorvux avanzó hacia la recién llegada.

—Traerá referencias, supongo —dijo.

—Desde luego, profesor; se las mostraré ahora mismo. Jenny dio un paso hacia la puerta.

—Profesor, si no necesita más de mí...

—No, muchacha, gracias. Mel. ¿Quieres acompañarla? —sugirió Tzorvux.

—Será un placer —sonrió el joven—. ¿Tienes aeromóvil, Jenny?

—No, vine en un taxi.

—Te llevaré a casa en mi aeromóvil. Supongo que vives aquí.

—Sí, Avenida Ciento Noventa y dos.

—Muy bien, vamos allá.

Hacía poco que había llegado la noche. El vehículo se elevó en el

acto. Ockers lamentó no tener a mano el Psicontrol, aunque harto comprendía que, por el momento, era un aparato cuya existencia no debía ser divulgada.

Al cabo de unos minutos de vuelo, Ockers dijo;

—Jenny, me gustaría hacerte una pregunta.

—Sí, Mel —accedió ella.

—Yo me imagino que eres un agente secreto de Neutralia y que no quieres dar detalles sobre tu personalidad, pero, al menos, sí puedes decirme algo. ¿Crees de veras que todos los misiles y cohetes han sido inutilizados?

—Sí —respondió Jenny con acento de absoluta convicción.

* * *

De cuando en cuando, Sam Buckley se frotaba el estómago todavía dolorido. Aún no comprendía cómo había podido fracasar, pero tanto él como su compañero tenían instrucciones precisas al respecto, para el caso de que Tzorvux se negase a aceptar la oferta que le había sido hecha.

—Me parece que será un poco exagerado —dijo Lardner.

Buckley se encogió de hombros.

—A mí también, pero ya sabes: quien manda, manda...

El aeromóvil en que viajaban describió un amplio semicírculo y voló hasta la cima de una colina, situada a unos dos "mil metros de la casa del profesor. Un individuo, bajo y membrudo, salió al encuentro de la pareja, apenas vio que el aparato tomaba tierra.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Nada —contestó Buckley de mal humor.

—Entonces, ¿el cohete?

—El cohete.

Nat Deynn se encogió de hombros.

—Pagan bien —"dijo.

—¿Lo tienes preparado? —inquirió Lardner.

—Por supuesto. Venid conmigo.

Los dos hombres siguieron a Deynn. Entre unos arbustos divisaron un gran bulto cubierto con una tela de trama muy liviana, pero espesa al mismo tiempo.

Deynn tiró de la tela y dejó al descubierto un trípode muy recio, de escasamente un metro de altura, que sostenía un basamento para el lanzamiento de un cohete. El proyectil, de doscientos cincuenta centímetros de largo y quince de diámetro, estaba montado sobre la cureña.

A la izquierda y sostenida por un trípode semejante al utilizado en los pequeños telescopios, había un pequeño aparato de control, con la mira correspondiente. Deynn comprobó una vez más la puntería del artefacto y luego oprimió el botón de disparo.

No ocurrió nada.

—Diablos —masculló.

—¿Qué pasa? —preguntó Lardner, situado, como el otro, en un lugar conveniente.

—El cohete. No se dispara.

—¿Has comprobado las conexiones?

—Mil veces —dijo Deynn de mal humor.

—¿La carga de proyección?

—Oye, soy experto en estos cacharros; no vengas ahora a decirme qué es lo que tengo que hacer, ¿entiendes?

—Yo no te diré nada, pero el cohete está ahí todavía.

Deynn lanzó una maldición. Buckley contemplaba sus manipulaciones con paciente filosofía.

Al cabo de varios minutos, Deynn volvió a probar. El cohete siguió en su sitio.

—No sé qué diablos puede pasar... Todo está en orden, no hay el menor fallo en las conexiones...

—En el aparato de control tienes una batería. ¿Has comprobado su carga? —sugirió Buckley cortésmente.

La batería suministraba la electricidad necesaria para poner en funcionamiento el mecanismo de disparo. Deynn consultó el indicador de voltaje y lanzó un taco.

—¡Está descargada!

Buckley alzó sus ojos al cielo.

—Experto en cohetes —dijo.

Deynn volvió a maldecir.

—No comprendo lo que ha podido pasar, pero una cosa es segura: este cacharro dispone también de mecanismo manual de disparo —exclamó.

—Muy bien, ponlo en marcha.

Deynn se acercó al cohete y levantó una pequeña tapa situada a la mitad de la estructura. A tientas, encontró una pequeña llave, a la que dio una docena de vueltas.

Bajó la tapa y se separó corriendo unos cuantos pasos.

—Veinte segundos para el disparo —anunció.

Buckley contó el tiempo silenciosamente. De pronto, un pequeño fuego se encendió en la cola del cohete.

—Ya está —dijo, aliviado.

Pero Deynn tenía el ceño fruncido.

La llama era muy pequeña. ¿Qué sucedía?

El cohete avanzó un poco, haciendo un «Pfzzz...», que a Deynn se le antojó de mal agüero. Recorrió cincuenta o sesenta metros y, de súbito, se empujó verticalmente.

—Pero, ¿qué diablos hace ese maldito cacharro? —gritó Lardner, al ver el errático ascenso del artefacto.

El cohete subió a unos doscientos metros de distancia. De pronto, trazó un semicírculo completo y se precipitó raudamente hacia la tierra.

—¡Se nos echa encima! —aulló Buckley.

Los tres hombres corrieron desesperadamente en busca de refugio. El cohete cayó y explotó.

El impacto se produjo directamente en el aeromóvil, que salió por los aires en pedazos. La onda explosiva zarandeó duramente a los tres individuos, haciéndoles dar unas cuantas vueltas por el suelo. La rampa de lanzamiento y el trípode con el aparato de control quedaron hechos añicos.

Aturdido, sintiendo en su cuerpo los mismos dolores que si hubiese recibido una paliza, Buckley miró a su alrededor.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —exclamó, todavía ensordecido por el trueno de la explosión.

A dos kilómetros de distancia, una asustada mujer dirigió sus ojos hacia el hombre que estaba sentado frente a ella.

—Profesor, ¿qué ha sido ese estampido? —preguntó el ama de llaves.

—No se preocupe, señora Paz —contestó Tzorvux—. No tiene ninguna importancia. Sírvame la cena, ¿quiere?

—Sí, profesor.

* * *

Al día siguiente, Ockers terminaba de afeitarse cuando, de pronto, oyó un suave campanileo en la salita de su departamento.

Ockers frunció el ceño. Conocía el significado de aquel sonido.

Con la toalla en la mano, acudió a la salita y conectó el televisor. Cuando sonaba aquella llamada, todo ciudadano tenía el deber de encender su televisor, a fin de enterarse de una comunicación importante del Gobierno.

La información era impresa en este caso:

EL PRESIDENTE Y EL GOBIERNO DE LA UNION DEL NORTE, de acuerdo con el Senado Superior, el Senado Medio y la Cámara de Representantes del pueblo,

HACEN SABER:

Las negociaciones con los plenipotenciarios de la Liga Federal de Países del Sur han sido rotas.

El Gobierno considera inaceptables las propuestas que le fueron formuladas por dichos plenipotenciarios y, a su vez, formuló otras, que han sido rechazadas, tal como se ha venido informando puntualmente a la opinión pública.

Por tanto, a partir de las doce del día de hoy, cuatro de mayo de dos mil novecientos diez, la Unión del Norte se considera en estado de guerra con la Liga Federal de Países del Sur.

¡Ciudadanos, fe y confianza en la victoria!

Venceremos, porque la razón y la moral están de nuestra parte!

—Mentira —gruñó Ockers, conteniendo a duras penas los vivos deseos que sentía de pegar una patada al aparato.

Tocó la tecla de desconexión. La música que salía por el altavoz se extinguió.

¿Quiénes estaban locos?

¿El gobierno? ¿Los políticos que habían empujado al gobierno a la guerra?

Nadie contaba con las gentes sencillas que sólo querían paz. Pero, ¿qué beneficios esperaban obtener aquellos locos de un mundo en el que nadie quedaría con vida?

¿Acaso querían gobernar un planeta muerto?

El timbre del videófono sonó de pronto.

Ockers corrió hacia el aparato y presionó la tecla de contacto.

La pantalla se iluminó. Ockers vio el sonriente rostro de Tzorvux.

—Tranquilo, muchacho —dijo el profesor.

Y eso fue todo, porque la comunicación se cortó apenas Tzorvux hubo pronunciado esas dos palabras.

* * *

En un lugar supersecreto, a dos cientos cincuenta metros bajo tierra, el presidente de la Unión del Norte entregó una tarjeta perforada a un hombre con uniforme militar y divisas de capitán-coronel general.

—El programa de disparos, general —dijo el presidente.

—Sí, Excelencia.

Había una veintena de ministros y ayudantes en aquella espaciosa sala, contemplando la escena en silencio. ¡El capitán-coronel general Korstone, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas —ejércitos de tierra, mar, aire y astronáutica—, caminó con la tarjeta en la mano hacia una especie de armario metálico que había en la estancia y la introdujo por una ranura.

A continuación, dio dos vueltas a una llave. Un enorme mapa de vidrio se iluminó en el acto, frente a los espectadores.

—Caballeros —dijo el presidente—, ahí, con luces rojas, tienen señalados los blancos. Arriba, con luces verdes, están marcados nuestros cohetes. Esas luces verdes se tornarán amarillas cuando estén viajando hacia los objetivos señalados. Cada vez que un cohete alcance su blanco, una luz roja se apagará en el mapa.

El silencio reinaba en la sala. Frente a la consola de mando, el general consultaba su reloj de pulsera.

Su mano derecha estaba apoyada sobre una palanca roja. De repente, la palanca bajó.

El capitán-coronel general se volvió hacia el presidente.

—Excelencia, acabo de hacer fuego —anunció.

—Muy bien, general. ¿Cuánto tiempo tardarán nuestros cohetes en alcanzar sus blancos?

—De diez a treinta minutos, según las distancias.

—Lo que significa que la última luz roja se extinguirá dentro de media hora.

—Sí, señor.

Transcurrieron los diez primeros minutos. Veinte pares de ojos estaban ansiosamente fijos en el mapa.

Pasaron otros diez minutos. Las luces rojas seguían obstinadamente fijas.

Y las luces amarillas se habían apagado.

—Pero, ¿qué pasa ahí? —gritó el presidente.

El capitán-coronel general se sentía terriblemente desconcertado.

—No... no lo sé, Excelencia... Llamaré a la base más próxima...

El general usó un videófono de línea directa, con altavoz para que todos los presentes pudieran escuchar la respuesta del comandante de la base de lanzamientos:

—Lo siento, general. Ignoro lo que ha sucedido, pero ni un solo cohete ha despegado de sus silos.

El general recibió decenas de respuestas idénticas. Todos los misiles y cohetes de largo alcance eran masas inertes, a las que nada ni nadie era capaz de poner en movimiento.

En la sala hubo un unánime sentimiento de depresión

—Estamos perdidos —resumió el presidente los pensamientos generales—. Los Meridionales nos han derrotado.

Pero el presidente ignoraba todavía que ni un solo cohete del Sur había podido ser disparado.

CAPITULO IV

—La guerra es imposible —dijo el profesor.

—¿Por qué? —preguntó Ockers.

—Muy sencillo: no hay ejércitos aptos para luchar en la forma antigua y convencional. Sólo hay policías y unas cuantas compañías para las guardias de honor. Pero no hay fusiles, ni tanques, ni aviones, ni barcos de guerra, ni batallones o divisiones entrenados para operaciones clásicas. ¿Qué harían los Meridionales si enviasen tres o cuatrocientos hombres a luchar con los Nórdicos?

—El ridículo —sonrió Ockers.

—Exactamente. Por tanto, no tendrán otro remedio que entablar negociaciones de nuevo.

—¡Hum! —dudó Ockers—. Yo no me fío demasiado. Hay mucho orgullo en la mente de los políticos.

—Eso sí es cierto —admitió Tzorvux—. Ah, Dolores, llega usted muy oportunamente —exclamó de pronto.

El ama de llaves entró, empujando un carrito con servicio de café.

—¿Cómo está, señor Ockers? —saludó Dolores.

—Hola —dijo el joven—. ¿Le gusta el empleo?

—No me canso en exceso —sonrió ella—. Con su permiso...

Dolores se marchó. Ockers llenó dos tazas.

—Entonces, usted desactivó todos los cohetes...

—Sí —confirmó Tzorvux.

—Pero, ¿cómo lo consiguió? La ciudad hierve en comentarios. Se sabe que todos los cohetes fueron disparados, pero que ninguno abandonó su base de lanzamiento. Y lo mismo sucedió con las baterías de los Meridionales. Nadie comprende lo ocurrido, profesor.

Tzorvux sonrió sibilinamente.

—Como comprenderás, no lo voy a explicar públicamente —dijo.

Ockers entendió que ni siquiera a él le diría su secreto y se resignó a permanecer en la ignorancia. A veces pensaba que Tzorvux no había nacido en el planeta. Muchos de sus inventos sólo podían proceder de una mente infinitamente superior a la media normal. Pero aquello, se decía, sólo eran fantasías.

De pronto llamaron a la puerta.

—Abre, Mel.

—Sí, señor.

Instantes después, Ockers sonreía complacido.

—No sabes las ganas que tenía de verte, Jenny —dijo.

—¿De veras?

—Te lo juro.

Ella, halagada, sonrió también.

—Conocías mi dirección. ¿Por qué no fuiste a verme? —preguntó.

—Lo siento. Yo...

—Eh, muchachos —gritó Tzorvux—, dejaos de charla. Jenny, termina de entrar y dime qué te trae por aquí.

—Es bien sencillo —contestó la muchacha, una vez situada frente a Tzorvux—. He venido a pedirle consejo.

—¿Sobre...?

—Plan de acción para conseguir la independencia de Neutralia.

Ockers llenaba una taza de café mientras ella hablaba. Después de entregársela, escrutó el rostro del profesor, que parecía sumamente pensativo.

Al cabo de unos momentos, Tzorvux dijo:

—Las manifestaciones en ese sentido están prohibidas. Pero quizá

pueda encontrar la solución para tu problema, aunque no será una cosa inmediata.

—Un mes o un año o diez no tienen importancia para los que llevan esperando siglos, profesor —contestó Jenny.

—Sí, ya me lo imagino. De todos modos, tendré que pensar en algo... Mejor dicho, ya tengo la idea. Lo que me faltan son los medios de ponerla en práctica.

—¿Puedo ayudarle, profesor? —se ofreció Ockers.

—Por ahora, me ayudarás mejor si haces compañía a esta bonita muchacha —sonrió el aludido.

Jenny enrojeció levemente.

—No me gusta la inacción...

—Es preciso ser paciente —aconsejó Tzorvux.

Y, de pronto, llamaron a la puerta.

—Yo iré a abrir —dijo Dolores, que salía en aquel momento.

Instantes después, se oyó una voz en la entrada:

—Deseo hablar con el profesor —dijo el hombre—. Soy Markdor, capitán de la Policía de Información.

—Entre, capitán —invitó el ama de llaves.

Markdor cruzó el umbral, seguido de cuatro hombres uniformados como él, en negro, con vivos dorados en las mangas y en las perneras. Pero sobre los hombros de Markdor se divisaban tres estrellas de tres puntas, símbolo de su graduación.

—El capitán Markdor, de la Polim —anunció Dolo res.

—Policía de Información, señora —dijo Markdor malhumoradamente—. Ese es el verdadero nombre de nuestro departamento.

—La gente dice Polim, capitán —intervino Tzorvux sosegadamente—. ¿Qué es lo que desea de mi humilde persona?

Los ojos de Markdor, fríos, penetraron, escrutaron el interior de la

casa y a cuantos se hallaban en ella. Tzorvux adivinó sus pensamientos.

—Capitán, le presento a Melville Ockers y a Jenny Miller, mis ayudantes. La señora Paz es mi ama de llaves —dijo.

Markdor hizo un gesto con la cabeza. Era un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido. Ockers adivinó en él una mente recia, incapaz de sentir piedad por nadie.

De pronto, sacó un documento de su bolsillo.

—Profesor, traigo una autorización del juez del distrito, para registrar su casa —anunció.

Tzorvux enarcó las cejas.

—¿Puede saberse en qué está basada esa demanda de registro? —preguntó.

—Lo siento, no es cosa mía. Yo sólo me limito a cumplir órdenes.

—Pero, al menos, me dirá qué es lo que espera encontrar en mi casa.

—Lo sabré si lo encuentro, profesor.

—Ya me habían dicho que la Polim emplea métodos no demasiado civilizados, aunque siempre me había negado a creer en habladurías. Ahora veo que son ciertas.

—¡Policía de Información, profesor! —barbotó Markdor.

—El nombre no hace a la cosa, capitán. Usted pretende que llame a su departamento por el nombre correcto. Debería emplear los cientos de nombres que usa la gente para definirles a ustedes...

—No se lo aconsejo —dijo Markdor torvamente.

—Está amenazando al profesor —intervino Ockers—. Tiene derecho a expresar su opinión.

—¡Basta, no quiero seguir hablando más! Profesor, deseo conocer sus instalaciones científicas.

Tzorvux se puso tranquilamente en pie.

—No faltaría más, capitán —sonrió—. Sígame, por favor.

Echó a andar y Markdor y los otros guardias le siguieron. Ockers y la muchacha cambiaron una mirada.

—Vamos —murmuró él.

Dolores se había retirado al interior de la casa. Tzorvux condujo a los policías a su laboratorio de física, que Markdor recorrió con aparente interés, incluso abriendo algún armario y examinando el interior de los cajones.

De pronto, se volvió hacia la puerta que había al fondo.

—Profesor, ¿qué hay al otro lado de la puerta? —preguntó.

Ockers sintió que se le retiraba la sangre del rostro.

Tzorvux sonreía.

—No hay nada que pueda interesarle demasiado, capitán —contestó—. Pero tampoco quiero que crea en cosas que no tienen fundamento.

—Abra, profesor —ordenó Markdor perentoriamente.

Tzorvux cruzó el laboratorio y abrió la puerta. Luego se hizo a un lado, a la vez que extendía la mano cortésmente.

—Pase, capitán.

Markdor cruzó el umbral. Ockers avanzó unos pasos. Creyó que soñaba.

—Es mi gimnasio y pista de tenis también —decía Tzorvux en aquel momento—. Al otro lado está la puerta que conduce al cobertizo donde guardo mi astronave privada, para la que cuento con los oportunos permisos.

Ockers sacudió la cabeza.

¿Estaba soñando?

Días antes había visto allí una colosal batería de computadoras. Ahora tenía ante sus ojos una completa colección de aparatos gimnásticos, más una pista de tenis de las dimensiones reglamentarias. También había una piscina de veinticinco por doce metros, aunque vacía de agua en aquellos momentos.

—¿Satisfecho, capitán? —dijo Tzorvux.

Markdor guardaba un hosco silencio. De pronto, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Eso es todo por hoy, profesor —dijo secamente.

—Salude en mi nombre al general Barnelli —sonrió Tzorvux.

Markdor hizo un gesto de sorpresa.

—¿Lo conoce usted?

—¿Quién no conoce al todopoderoso jefe de la Polim? Pero, a lo que reparo, todavía no me ha dicho usted qué es lo que buscaba en mi casa.

—Como no lo he hallado, no tiene por qué saberlo —respondió Markdor con brusquedad.

—Nunca más me dejaré engañar por comentarios adversos hacia ustedes. Ahora he podido apreciar personalmente la cortesía y la amabilidad que son norma en los agentes de la Polim, cualquiera que sea su graduación. Perdón, capitán, quise decir Policía de Información.

Markdor tenía la cara roja. Sin decir una sola palabra, dio media vuelta y se marchó, seguido de sus cuatro agentes.

* * *

Ockers corrió hacia una de las ventanas anteriores del edificio. El aeromóvil en que habían llegado Markdor y sus acólitos se elevó y desapareció raudamente.

—Profesor —dijo, momentos después—, ¿es que hace usted milagros?

Tzorvux sonreía maliciosamente.

—¿Crees que no podía prever un caso semejante? —contestó.

—Pero, ¿cómo han sospechado en la Polim...?

Tzorvux señaló hacia una colina situada a unos dos mil metros de

distancia.

—Tengo la sensación de que me han vigilado en más de una ocasión —respondió—. Pero, por fortuna, la sala de computadoras no tiene ventanas. Y, que yo sepa, todavía no se ha inventado un aparato que permita atravesar visualmente las paredes opacas.

—Seguirán vigilándole, profesor —vaticinó Jenny.

—Lo sé, muchacha. Mel, ¿por qué no te llevas a Jenny a dar un paseo por ahí?

Ockers comprendió el sentido de la proposición y sonrió.

—Si ella quiere...

—Bueno —accedió Jenny con simulada indiferencia.

—¿Paseo a pie o en aeromóvil? —consultó Ockers.

—A pie. Tengo ganas de estirar las piernas.

—Muy bonitas, por cierto —elogió el joven.

—Desvergonzado —le apostrofó ella.

—Siempre elogio lo que me gusta y, además, está a la vista. ¿Vamos a estirar las piernas juntos?

Jenny sonrió.

—Porque lo manda el profesor, claro —dijo.

—Tenemos que obedecerle —manifestó Ockers, a la vez que se apoderaba sin resistencia de una de las manos de la muchacha.

Salieron de la casa. En lo alto lucía un sol radiante. La guerra había sido evitada y no por voluntad de los dirigentes políticos.

—La vida es hermosa —dijo Ockers.

—Sí —concordó Jenny.

* * *

El hombre que estaba sentado tras la mesa, miró uno por uno a los

tres individuos que tenía frente a sí.

En la frente de Lardner se veía una cruz de esparadrapo. Cuando andaba, Buckley cojeaba. En cuanto a Deynn, tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, consecuencia de una luxación de la muñeca.

—De modo que el cohete...

—Tuve que dispararlo con el mando manual —dijo Deynn.

—Subió a unos doscientos metros y luego se volvió hacia nosotros —añadió Buckley.

—Cayó sobre el aeromóvil y lo destruyó —manifestó Lardner.

—¿Green que ha sido obra del profesor?

—Indudablemente, señor Shalloo.

El hombre sentado asintió pensativamente.

—Es preciso que nos apoderemos del aparato de Psi- control —dijo.

—Por la fuerza, no...

Shalloo interrumpió a Lardner, que era quien acababa de hablar.

—Primero, por astucia. Usaremos la fuerza cuando todos los demás procedimientos hayan fracasado —exclamó.

—Sí, señor —contestaron al unísono los tres esbirros.

—No olviden que cobran unos sueldos muy elevados. Por tanto, no quiero más fracasos.

—No habrá fracasos —aseguró Deynn.

—Les dejaré que descansen unos días. Después, empezarán a actuar. Habrá una recompensa de cincuenta mil guineas si consiguen el Psicontrol.

Los tres hombres se miraron.

—¿Les parece poco? —preguntó Shalloo.

—Oh, no, no señor —se apresuró Buckley a contestar.

—Es una recompensa principesca. —Lardner sonreía servilmente.

—Pero no olviden que el fracaso puede costarles caro —advirtió Shalloo.

Lardner y los otros dos abandonaron la estancia.

—Tenemos que ganarnos las cincuenta mil —dijo el primero.

—Sí, pero, ¿cómo? —rezongó Deynn—. La casa del profesor parece una fortaleza inexpugnable.

—Toda fortaleza tiene su punto débil y yo conozco uno que puede proporcionarnos las cincuenta mil guineas —aseguró Lardner.

—¿De veras? —dijo Buckley, no muy convencido.

—Sí. Se llama Melville Ockers y es ayudante principal del profesor.

Buckley elevó los ojos a las alturas.

—Si Ockers es el punto débil, yo soy un pez espada —dijo.

Deynn le palmeó la espalda con fuerza.

—¡Pesimista! —sonrió—. Este caso está resuelto.

CAPITULO V

—La cena ha estado maravillosa —dijo Ockers.

Jenny sonrió.

—No soy mala cocinera —dijo, mientras empezaba a retirar los platos.

—Tienes todas las cualidades —afirmó él—. ¿También tienes esposo?

—Lo tendré.

—Ah, estás prometida.

Jenny desapareció rumbo a la cocina. Ockers meneó la cabeza. ¿Quién era el afortunado mortal, dueño del corazón de tan encantadora muchacha?

El televisor estaba encendido. Se transmitía un programa científico sobre la migración de las aves.

De repente, la imagen y el sonido desaparecieron.

Ockers parpadeó. Tal vez una avería...

Pero casi en el acto, apareció un extraño locutor.

El hombre vestía enteramente de negro. Su cabeza estaba cubierta por un capuchón del mismo color, que ni siquiera permitía verle los ojos. En cuanto a sus manos, estaban enguantadas.

Ockers se quedó atónito.

—¿Qué broma es ésta? —exclamó.

Pero casi en el acto, aquel extraño locutor empezó a hablar:

—¡Ciudadanos! Debéis conocer la verdad. Vuestro Gobierno está compuesto por una pandilla de granujas y desaprensivos, quienes, sin contar con la opinión pública, declararon la guerra a la Liga Federal de Países del Sur. Ellos estaban dispuestos a permitir el exterminio de toda la población, mientras se guarecían en cómodos y seguros refugios a cientos de metros bajo el suelo.

»Los motivos eran bien ridículos: una disputa por un pequeño país, que sólo quiere su independencia. Neutralia no quiere ser de unos ni de otros: sólo quiere ser Neutralia. Ésta es la verdad y nada ni nadie podrá modificarla. ¡Viva Neutralia!

Ockers se quedó estupefacto. El locutor de negro desapareció y la proyección continuó normalmente.

—¿Quién es ese loco? —preguntó Jenny desde la puerta que daba a la cocina.

Ockers se volvió lentamente hacia ella.

—Jamás había visto ni oído una cosa semejante —declaró.

—¿Habrán asaltado la emisora de televisión?

La emisión volvió a suspenderse. Un locutor, esta vez vestido normalmente y con el rostro descubierto, habló:

—Queridos espectadores, las manifestaciones que acaban de escuchar son una broma pesada, de la que ningún ciudadano consciente deberá hacer el menor caso. Por otra parte, el gobierno declara solemnemente que Neutralia forma parte del territorio de la

Unión del Norte y que toda manifestación en contra puede ser considerada como acto subversivo y castigada con arreglo a las leyes en vigor.

—Esto se pone muy caliente, Jenny —dijo Ockers.

Ella asintió.

—El desmentido carece de convicción —calificó.

—No hay duda que es obra de una persona. Pero, ¿quién?

Hubo un momento de silencio. Ockers pensó en el profesor, pero, inmediatamente, desechó la idea.

¿Cómo habría logrado Tzorvux introducirse en unos estudios, corrientemente bien vigilados, interrumpir una emisión, lanzar su discurso y luego escapar libremente?

—Voy a salir de dudas —anunció.

Y, levantándose, caminó hacia el videófono.

Instantes después, el rostro de Dolores aparecía en la pantalla.

—Señor Ockers —dijo el ama de llaves.

—Perdone que la moleste, Dolores. ¿Está el profesor en casa?

—Por supuesto. ¿Quiere que lo despierte?

—No, muchas gracias. Dígale solamente que he llamado y que mañana por la mañana iré a verle.

—Yo iré con él —añadió Jenny.

—Está bien, así se lo diré —contestó Dolores.

La pantalla se apagó. Ockers se volvió hacia la muchacha.

—No ha sido Tzorvux —dijo.

Jenny asintió.

—Se me ocurre una idea —exclamó.

—¿Sí?

—¿Habrá sucedido lo mismo en las pantallas de televisión de los Meridionales?

Era una idea digna de tenerse en cuenta, pensó el joven. Pero antes de que pudiera contestar, sonó el timbre de llamada.

—¿Esperas a alguien, Jenny?

—No, en absoluto.

Jenny cruzó la sala y abrió. Tres hombres aparecieron inmediatamente ante los ojos de la muchacha.

—Ahora no nos dejaremos sorprender —gruñó Buckley

* * *

Las tres pistolas que había a la vista no permitían el menor resquicio de esperanza.

—No te resistas, Jenny —aconsejó Ockers.

Lardner rió burlonamente.

—Una excelente recomendación —dijo—. ¿Quiere acompañarnos, Ockers?

—¿Adónde?

—No se preocupe, ya lo sabrá.

—Un momento —intervino Deynn—. ¿Vamos a dejar aquí a la chica, para que llame a la Policía, apenas nos hayamos marchado?

—Tienes razón —dijo Buckley—. Ella vendrá también con nosotros. Además...

Cuchicheó algo al oído de Lardner y éste asintió.

—Es verdad, no se me había ocurrido —sonrió—. Vamos, salgan los dos.

Instantes después, Ockers y la muchacha entraban en un aeromóvil de grandes dimensiones, que se elevó en el acto.

—Nos están dando el postre —rezongó Ockers.

Sonó una risita.

—Puede que te conviertas en uno de los platos fuertes —dijo Deynn—. ¡En una tortilla, para ser más exactos!

—Gracias, pero ya he...

Ockers se calló de pronto al comprender el significado de aquellas palabras. Deynn movió la cabeza varias veces seguidas.

—Sí, lo que estás pensando es verdad —añadió—. A menos, claro, - que colabores con nosotros.

—¿En qué he de colaborar?

—Simplemente, queremos el Psicontrol —dijo Buckley, por encima del hombro, mientras guiaba el aparato a toda velocidad.

—Párate ya —ordenó Lardner de pronto—. Creo que hemos llegado a una altura suficiente.

—Se me ocurre una idea —dijo Deynn—. El no querrá colaborar, pero sí lo hará si empleamos otro método.

—¿Qué método? —preguntó Buckley.

—Abre la escotilla.

Merced a sus generadores de antigravedad, el aeromóvil estaba suspendido, inmóvil en el espacio, a unos mil metros de altura, calculó Ockers.

Un negro hueco apareció en el centro de la cabina. Deynn agarró a la muchacha por un brazo y la situó junto al borde del hueco.

—Ockers, si no habla, la chica se hará tortilla —amenazó.

El joven miró a Jenny. Ella estaba muy pálida.

¿Merecía la pena mostrarse intransigente?, se preguntó Ockers.

—¡Vamos, hable! —rugió Lardner.

—Está bien, cierran la escotilla.

—No seas tonto. Si lo hacemos, callará.

—El tonto lo es usted —gruñó Ockers—. ¿Acaso cree que el Psicontrol es un aparato que se describe con media docena de frases?

Sobrevino un momento de silencio. Ockers se dio cuenta de que sus secuestradores se sentían desconcertados.

—Está bien —dijo Lardner al cabo—. Vamos a ver al jefe; él decidirá lo que se debe hacer...

El aeromóvil se estremeció de repente. Fue un tremendo bandazo, que lo hizo inclinarse más de cuarenta y cinco grados.

Jenny cayó hacia atrás y chilló. Lardner, situado al otro lado de la escotilla abierta, perdió el equilibrio y cayó de cabeza a través del hueco.

Un horrible alarido se alejó a gran velocidad. Ockers, a gatas, se acercó al puesto de mando y golpeó a Buckley en la sien.

El sujeto perdió el sentido instantáneamente. Ockers tocó una tecla y la escotilla se cerró en el acto.

Jenny y Deynn luchaban por incorporarse. El sujeto se levantó primero, pero volvió a caer de espaldas, cuando Ockers lanzó el aparato hacia adelante, de golpe, a toda velocidad. El cráneo de Deynn chocó contra un mamparo.

Deynn quedó sin conocimiento en el suelo. Ockers, estabilizó el aeromóvil y luego corrió hacia la muchacha.

—¿Estás bien? —preguntó ansiosamente.

Jenny, sentada en el suelo, sonrió.

—Ya se me ha pasado el susto —dijo—. Pero ese pobre hombre...

—El se lo buscó —gruñó Ockers—. Sin embargo, hay algo que no comprendo.

—¿Qué es, Mel?

—¿Qué hizo moverse a la nave tan repentinamente?

Jenny frunció el entrecejo.

—Es cierto. Pareció como si algo hubiera chocado con nosotros...

Ockers volvió junto a los mandos. Hizo descender el aparato y, apenas tocó tierra, salió al exterior.

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Mira, Jenny!

Ella contempló la negra mole del aeromóvil.

—Las luces de posición están apagadas —dijo.

—Justamente.

Ockers entró de nuevo en el aparato y conectó las luces exteriores. Entonces pudieron ver en el casco las señales de una fuerte rozadura.

—Ya no cabe la menor duda —dijo—. El piloto paró el aeromóvil, pero como no obraban honestamente, tenían las luces exteriores apagadas. Otro aeromóvil colisionó con el nuestro, aunque, por fortuna, sólo de refilón.

—Sin duda, su conductor pudo desviarlo en el último momento y evitar un impacto directo, que habría destruido a los dos aparatos.

—Sí, eso ha ocurrido.

—Mel, ahí adentro hay dos hombres desmayados. ¿Qué piensas hacer con ellos?

—El profesor me preocupa más —contestó Ockers.

Entró en el aparato y sacó a rastras a sus dos ocupantes, sin olvidarse de quedarse con sus armas. Las luces de la capital brillaban a lo lejos, casi en el horizonte.

—Vamos, Jenny —dijo.

Entraron en el aeromóvil. Instantes después, partían a toda velocidad hacia la residencia del profesor.

Ninguno de los dos se percató de que había unos ojos que contemplaban todos sus actos a través de una pantalla de televisión.

—Sigamos dándoles cuerda —dijo el capitán Markdor, de la Polim.

—No corro ningún peligro —aseguró Tzorvux, un tanto malhumorado.

—Profesor, esos tipos están decididos a todo —dijo Ockers—. Hubieran sido capaces de lanzar a Jenny al vacío.

—Tengo suficientes sistemas de alarma para que nadie llegue aquí sin que yo advierta se trata de personas amigas u hostiles.

—El Otro día, Lardner y Buckley llegaron a la casa sin dificultad —insistió el joven.

—Pero ya no podrían hacerlo, aunque quisieran.

—¿Cómo puede afirmar una cosa semejante? —preguntó Jenny.

Tzorvux se volvió hacia la muchacha.

—Lo sé y basta —contestó sonriendo.

Ockers se encogió de hombros.

—Está bien, al menos, no diga que no le he advertido —exclamó—. Por cierto, aún no sé cómo consiguió engañar al capitán Markdor.

Tzorvux lanzó una fuerte carcajada.

—Venid conmigo —dijo.

Ockers y la muchacha siguieron al profesor y llegaron al cobertizo donde Markdor había visto un gimnasio. Tzorvux tocó un botón y, en el acto, la pista de tenis se partió en dos mitades, que se deslizaron hasta perderse bajo las paredes del edificio.

Los aparatos gimnásticos voltearon y se escondieron en el suelo. La piscina se replegó como un fuelle y desapareció también.

Instantes después, todas las computadoras y la consola de control ascendían a la superficie. El lugar quedó como Ockers lo conocía desde el primer día.

—Ingenioso, ¿verdad? —dijo Tzorvux.

Jenny estaba atónita.

—Jamás se me hubiera ocurrido —confesó.

—Le habrá costado mucho, profesor —dijo el joven.

Tzorvux se encogió de hombros.

—Algo de trabajo —contestó displicentemente—. Los mecanismos son muy primitivos.

—Sí, pero... Profesor, ¿qué hay del Psicontrol? —preguntó Ockers de repente.

—¿Tienes ganas de usar de nuevo el aparato?

—Oh, no demasiadas. Lo único que quería era saber si es cierto que se pueden amplificar sus efectos.

—¡Tonterías! Eso es una fábula inventada por el hombre que envió a aquellos dos pájaros a comprarme algo que no tiene precio. Ya es bastante con pilotar una nave sólo con el motor de la mente, ¿verdad?

—No es poco, ciertamente —convino el joven pensativamente.

Jenny tiró de la manga de su blusa.

—Tenemos que irnos, Mel —dijo.

—Sí, es cierto. Profesor, gracias por habernos recibido a una hora tan avanzada.

—No tiene importancia, muchachos. ¿Queréis una taza de café? Dolores la preparará en el acto.

—Voy a la cocina —dijo la aludida, también presente en la espectacular demostración realizada por el científico.

Minutos más tarde, Ockers y Jenny abandonaban la residencia.

—Te llevaré a tu casa —dijo él.

—Gracias. Mel, ¿sabes?, el profesor me preocupa.

—No temas. Sabe cómo defenderse. Y piensa una cosa: ha salvado a la humanidad de la destrucción absoluta.

Jenny suspiró.

—Es preciso reconocer que millones de personas le deben la vida —dijo.

CAPITULO VI

Con un bocadillo en la mano y una botella de cerveza en la otra, Ockers contemplaba el televisor, en cuya pantalla se veía a un locutor que emitía las últimas noticias:

—El Gobierno ha recibido nuevas protestas del Gobierno de la Liga Federal de los Países del Sur, en el sentido de conceder la independencia a Neutralia, con el fin de eliminar las tensiones existentes entre las dos naciones semiplanetarias.

»Se han recibido informaciones de Nova Nairobi, capital de los Meridionales, en el sentido de que en sus pantallas de televisión se produjo también la extraña emisión del «Locutor Negro»...

—De modo que también allí —murmuró Ockers, en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

Abrió. La maciza figura del capitán Markdor apareció ante sus ojos.

—Hola —sonrió el joven—. ¿Trae alguna orden de registro?

—No —contestó el oficial—. Vengo en plan particular.

—En tal caso, entre y le daré un bocadillo y una botella de cerveza.

—Se aceptan, gracias.

Markdor se sentó en un diván. Ockers se marchó a la cocina y volvió poco después, con una bandeja en las manos, que entregó a su visitante.

—Es usted muy amable con un enemigo —dijo Markdor.

—¿De veras es mi enemigo? —sonrió el joven.

—Todo el mundo piensa así de los agentes de la Polim.

Vaya, usted también emplea esa abreviatura tan detestada —comentó Ockers jovialmente.

—El nombre no hace a la cosa. A veces, es preciso desempeñar un

poco el papel de persona ofendida.

—Tiene usted mejor sentido del humor del que uno podía esperar, capitán. Y, hablando de todo un poco, ¿qué le ha traído por mi casa?

—He dicho que estoy aquí particularmente, aunque no es del todo exacto.

—Quiere interrogarme, ¿eh?

Markdor asintió.

—Hay cosas que no me gustan —dijo.

—¿Por ejemplo?

—La guerra.

—Yo creía que era usted partidario de aplastar a los Meridionales.

—Allí también hay seres de carne y hueso, pacíficos y trabajadores.

—Creo que le comprendo. Sin embargo, un oficial de su categoría debe expresar siempre la opinión del Gobierno.

—El Locutor Negro tenía razón, Ockers.

—¿Se sabe quién es?

—Sólo se sabe que una fuerza misteriosa, de origen desconocido, pero de enorme potencia, interfirió la emisión de la estación central de televisión. Los técnicos no han conseguido averiguar el origen de esa energía ni, por consiguiente el lugar desde el que habló el Locutor Negro.

Ockers entornó los ojos.

—Resulta curioso —murmuró—. Diríase que eso lo hizo alguien con unos fenomenales conocimientos científicos.

—Por ejemplo, el profesor Tzorvux.

Sobrevino una pausa de silencio.

—No lo creo —dijo Ockers al cabo.

—Disiento de usted, Mel, pero no trataré de cambiar su opinión. Por cierto, hace algunas noches, intentaron raptarles a usted y a esa chica tan bonita con la que sale a veces.

—Es cierto. ¿Cómo lo sabe usted?

Markdor sonrió.

—La labor de un oficial de la Polim consiste en, precisamente, recoger informes.

—De las personas sospechosas, entre las que figuramos Jenny y yo.

—Prefiero no contestar, si no le importa, Mel. Supongo que no tiene inconveniente en que le llame por su nombre. El mío es Dan.

—Ninguno, Dan —sonrió el joven.

—El Gobierno está muy preocupado —dijo Markdor.

—Se comprende. Nadie deseaba la guerra. El Gobierno la declaró. Han hecho el ridículo más espantoso y ni siquiera se les ha ocurrido dimitir. Se aferran al poder como lapas.

—Yo no soy político, sino un funcionario.

—Apostaría a que, en el fondo, está de acuerdo con el Locutor Negro.

—Mel, todos somos habitantes de la Tierra. Tampoco los de Neutralia tienen toda la razón.

—¿Por qué dice eso?

—Si Neutralia consiguiera la independencia, habría tres naciones en lugar de dos. Otras zonas del planeta pueden seguir el mismo camino que los neutralianos.

—Tienen derecho a decidir sobre su futuro, ¿no cree?

—Por supuesto, aunque yo pienso que una nación total terrestre, sería mucho mejor que dos, como ahora y, por supuesto, infinitamente mejor que tres o cien.

—Eso que usted dice me recuerda una muy vieja fábula. ¿Quién le pone el cascabel al gato?

Markdor sonrió.

—Conozco la fábula —dijo—, pero para que el Norte y el Sur, y Neutralia también, se unieran en una sola nación, aparte de un largo período de propaganda sobre las ventajas de tal unión, sería preciso contar con la voluntad de Nórdicos y Meridionales.

—Eso no lo consentirán los Gobiernos respectivos, Dan —aseguró Ockers.

—Lamentablemente, así es. —Markdor se puso en pie—. Gracias por la cena, Mel.

—Dan, antes de que se vaya, quiero hacerle una pregunta.

—Sí dígame.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la *Star Development*?

—No, nunca. ¿A qué se dedica esa compañía?

—Eso es lo que me gustaría saber, Dan —confesó el capitán.

—Si averiguo algo, se lo diré, Mel.

Markdor se marchó. Ockers se quedó muy pensativo.

El capitán de la Polim había aparecido muy conciliador. ¿Era sincero o se trataba de un simple cambio de estrategia?

Una cosa era segura: Markdor o sus hombres les vigilaban a él y a la muchacha. Parecía lógico pensar que vigilasen también al profesor, por lo que se dijo que le avisaría rápidamente.

De pronto, sonó la campanilla que anunciaba una emisión de interés general. Ockers, tascando el freno, se vio obligado a conectar el televisor.

El locutor dijo:

—A pesar del fallo inexplicable en el lanzamiento de nuestros cohetes, fallo que los técnicos tratan de conocer, para ponerle remedio, el Gobierno de la Unión del Norte no ha decretado ningún cese del estado de guerra, como rumores malintencionados han dejado creer. Antes al contrario, se están confeccionando listas de ciudadanos útiles para las armas, a fin de preparar el ejército que nos conducirá a la victoria...

Ockers cerró el televisor.

—Malditos políticos —les apostrofó, como si ellos pudieran oírle.

* * *

—Sí, sé que me vigilan —dijo el profesor a la mañana siguiente.

—¿Y...?

Tzorvux entregó al joven un par de prismáticos. —Ve a la colina y mira desde allí —dijo.

Ockers obedeció. Minutos después se hallaba en la cumbre del altozano.

Enfocó los prismáticos. La casa, situada en un pequeño valle, se hallaba envuelta en una espesa niebla, que no permitía ver nada de lo que sucedía en sus alrededores más inmediatos.

Perplejo, Ockers inició el regreso. Mil ochocientos metros más adelante, una fuerza invisible le cerró el paso.

Empujó. De nada sirvieron sus esfuerzos. Súbitamente, cuando más presionaba contra aquel muro invisible, cayó al suelo.

En la puerta de la casa se oyó una sonora carcajada.

—¡Mel! ¿Qué te han parecido mis sistemas de protección? —gritó Tzorvux.

El joven se puso en pie, limpiándose la ropa maquinalmente.

Luego echó a andar. Tzorvux le recibió jovialmente y pasó una mano por encima de su hombro.

—Interferencias visuales y barrera de energía ésta regulable a voluntad —explicó.

—Una protección total, por supuesto —sonrió Ockers.

—De seguridad absoluta.

—¿Qué me dice de su videófono? Puede estar intervenido...

—También he instalado una alarma especial.

El timbre del aparato se dejó oír de pronto.

—Ven, vamos a comprobarlo —añadió Tzorvux.

El profesor se acercó al videófono. La cara de Markdor apareció de inmediato en la pantalla.

—Larga Paz, profesor. Deseo hablar con su ayudante —dijo el oficial de la Polim.

—Es para ti, muchacho.

Ockers se situó frente al objetivo de la cámara.

—Hola, Dan —dijo.

—Tengo informes para usted. La SD, una empresa de la que sospechamos es algo ficticio, está dirigida por un tal Vic Shalloo. Su sede social está situada en la Avenida doscientos cincuenta y uno, número cuatro.

—Un guarismo muy bajo, Dan.

—Lo que significa que son hombres de dinero. Del trescientos para abajo, sólo viven o trabajan allí gentes de elevada posición. Por el momento, es todo lo que sé. Le avisaré cuando haya averiguado más detalles.

La comunicación se cortó. Ceñudo, Tzorvux miró al joven:

—Parece que has intimado bastante con ese esbirro —comentó.

—Sólo quiero saber quiénes le ofrecían a usted dos millones por el casco de Psicontrol, profesor.

—Sí, y Markdor quena también lo mismo...

—Si lo quisiera, ¿no habría solicitado una orden de confiscación?

—El Psicontrol es un secreto...

—Shalloo y sus esbirros lo sabían.

Tzorvux se mordió los labios.

—Tienes razón, muchacho —convino—. A veces me parece que trabajo demasiado y empiezo a pensar que me conviene un descanso.

—Yo también opino lo mismo. ¿Qué tal un safari a Ermidor II, de Sirio Seis? —propuso el joven.

El zumbador de! videófono se dejó oír de nuevo. Pero esta vez centelleó una lamparita situada en la parte posterior del aparato.

—¿Lo ves? —dijo Tzorvux—. Ahora está intervenido el videófono.

—Sí, ésa es la señal de interferencia, pero antes no se vio.

—Porque, seguramente, Markdor llamaba desde la misma mesa de escucha.

—Oh, comprendo.

Tzorvux hizo funcionar el aparato. El rostro Jenny se dejó ver inmediatamente.

—Larga Paz, profesor —saludó.

—Déjate de ceremonias —refunfuñó Tzorvux—. ¿Deseas algo?

—¿Está Mel en su casa?

—Aquí me tienes, Jenny —dijo Ockers, haciéndose visible.

—Muy bien. Iré a verte ahora mismo. Lo que he de decirte no se puede confiar a la línea videofónica.

—Una sana precaución, muchacha —aprobó Tzorvux.

* * *

—Esta mañana vino a visitarme un caballero muy amable. Dijo llamarse Lang Kyrson. Me ofreció un millón de guineas por colaborar en proporcionarle, si no un ejemplar, al menos los datos y apuntes del Psicontrol.

—¿Quién es ese tipo, muchacha? —preguntó el profesor.

—No lo sé, no le había visto en mi vida. Pero, además dijo...

—Vamos, Jenny, habla sin temor... ¿Qué es lo que dijo? —preguntó el joven.

—Kyrson sabe que yo formaba parte de la red del profesor. En Neutralia hay un consejo secreto de Gobierno. Yo y mis amigos somos independientes de ese consejo. Sus miembros se portan muy duramente con quienes se desvían de su línea política. Es decir, asesinan a quienes consideran sus enemigos.

—Una bonita manera de entender la política —gruñó Tzorvux—. ¿Qué más, Jenny?

—Kyrson dijo que debería ayudarle o me delataría al consejo secreto de Neutralia. Francamente, estoy un poco asustada, Mel —confesó la muchacha.

—Apuesto a que cuando entraste en política, no se te ocurrió pensar siquiera en las posibles consecuencias de lo que podría sucederte —sonrió él.

Jenny asintió.

—Pero yo quería la independencia para mi país —alegó ella.

—Nadie duda de la rectitud de tus sentimientos —dijo Ockers—. Lo malo es que los políticos suelen aprovecharse de las gentes como tú, idealistas, pero ingenuas.

—Mel, ¿qué tiene eso que ver con Kyrson? —preguntó ella, un tanto sorprendida.

—En cierto modo, eran simples elucubraciones. Lo que quería decir es que Kyrson es uno de esos tipos vivos que saben aprovechar la política para sus fines propios.

—El caso es que ha puesto a la chica en un apuro —terció Tzorvux.

—Podríamos tratar de encontrar una solución, ¿no es así? —dijo Jenny.

—De modo que un millón... o la delación —murmuró el joven pensativamente—. Jenny, tendrás que aguardar a que encuentre un medio para solucionar tu problema.

—Corre prisa, Mel —advirtió el profesor.

—Sí, ya lo sé; pero, en cierto modo, tenemos tiempo. No podemos tomar una solución precipitada, que podría resultar todavía peor. — Ockers sonrió de pronto—. Jenny, ¿por qué no vamos a darnos un paseo? —sugirió inesperadamente.

Ella le miró extrañada. Tzorvux palmeó la espalda del joven.

—Es la mejor idea que has podido tener —dijo—. Paseando se te ocurrirá algo para dejar a Kyrson con un palmo de narices.

CAPITULO VII

El hombre que llamó, aquella mañana a la puerta de la residencia de Jenny era alto, distinguido y los hilos blancos que se veían en sus sienes “le daban cierto aspecto de respetable madurez, que infundía confianza en quienes le contemplaban. Lang Kyrson esperó unos momentos y sonrió cortésmente al ver a Jenny en el umbral.

—¿Cómo está, señorita Miller? —saludó amablemente.

—Entre —dijo ella con cierta sequedad, que no logró borrar la sonrisa de su visitante.

—Parece que no le agrada verme —comentó Kyrson.

—No, pero tengo que resignarme...

—Por favor, señorita, no dramatice innecesariamente. Sólo he venido a conocer la respuesta a la proposición que le formulé hace un par de días... y a decirle que he aumentado la cifra en medio millón.

—Ahora, por tanto, ofrece millón y medio.

—Justamente.

—Si no accedo a sus propuestas, me delatará al consejo secreto de Neutralia.

Kyrson seguía sonriendo.

—Lastimoso, pero cierto —corroboró.

—El profesor es una excelente persona. No merece que se le traicione —dijo ella.

—Lo siento —murmuró Kyrson.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Jenny dijo:

—Váyase, señor Kyrson.

—Con usted.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído.

Como la mayoría, Kyrson llevaba pendiente de su cinturón una especie de bolso, aunque en su caso era algo más grande de lo corriente. Kyrson levantó la tapa del bolso y sacó un revólver anticuado, pero efectivo.

—Señorita Miller, ahora se va a venir conmigo —dijo el individuo—. No me obligue, por favor, a hacerle daño, cosa que me repugnaría. Pero si es necesario, dispararé.

—¿Qué es lo que piensa hacer conmigo? —exclamó ella.

—Simplemente, tenerla unos días aislada, hasta que se convenza por sí misma de la conveniencia de acceder a mis propuestas.

—Y luego me soltará.

—Sí.

De nuevo volvió el silencio. Pasados unos instantes, ella dijo:

—Al menos, permita que me arregle un poco.

—Claro —sonrió Kyrson.

El videófono estaba a la vista, de modo que no había peligro de que la muchacha llamase a alguien en su auxilio. Jenny se encaminó hacia su dormitorio para cambiarse de ropa.

«Oh, Mel, ¿dónde estás? ¿Por qué no has encontrado todavía la solución que prometiste buscar?», pensó acongojadamente.

De repente, Ockers, que se dirigía a la casa de la muchacha, sintió una considerable urgencia por acelerar el paso. Atropellando casi a la gente, alcanzó la casa donde vivía Jenny, subió las escaleras de dos en dos y arremetió contra la puerta sin molestarse siquiera en llamar.

La endeble cerradura saltó fácilmente. Kyrson se volvió, sorprendido, pero casi en el acto, un cráneo humano le golpeó en el pecho, lanzándolo contra una pared.

Jenny oyó el estruendo y salió a la carrera de su dormitorio.

—¡Mel! —gritó.

Kyrson empezaba a levantarse. Ockers golpeó duramente su mandíbula y el sujeto perdió el conocimiento.

—¿Estás bien, hermosa? —preguntó él, a la vez que atraía a la muchacha hacia sí.

—Por supuesto..., pero, Mel, fíjate cómo estoy...

Jenny se ruborizó, ya que estaba a medio vestir. Ockers rió alegremente y la empujó de nuevo hacia el dormitorio.

—Anda, termina de arreglarte —dijo—. ¿Quién es ese sujeto que te amenazaba con el revólver?

—Kyrson.

—Oh —murmuró Ockers, mientras ella desaparecía de la vista.

Kyrson recobró el conocimiento minutos más tarde. Se tanteó la mandíbula y luego miró al joven.

—Pega usted fuerte, amigo —se quejó él.

Ockers le miró fríamente, ahora con el revólver en la mano.

—Se lo tenía merecido —dijo—. Nunca debió haber amenazado a la señorita Miller.

El otro se encogió de hombros.

—Los negocios son...

Pero Ockers no le dejó seguir.

—Hablando de negocios —dijo—. Soy el representante legal de Jenny Miller y, en su nombre, estoy dispuesto a hacer un trato con usted.

—Eso puede resultar interesante —comentó Kyrson.

—Lo será si usted está dispuesto a pagar veinticinco millones.

—¡Veinticinco! —resopló el sujeto.

—¡Mel! ¿Te has vuelto loco? —gritó Jenny, que salía de su dormitorio en aquel momento.

—No, no me he vuelto loco; simplemente, he citado una cifra —dijo el joven tranquilamente.

Kyrson se marchó hacia la puerta.

—¡Adiós!

—¡Espere! —le detuvo Ockers—. ¿A quién representa usted?

—Eso no le interesa en absoluto. Pero puede tener por seguro que no pagaremos jamás esa cifra.

—Entonces, no tendrán el Psicontrol.

—Veremos.

Ockers y la muchacha se quedaron solos.

—Creo que entiendo —dijo ella—. Has pedido demasiado para que no acepte el trato.

—Exactamente —sonrió Ockers. De pronto, frunció el ceño—. Jenny, ¿eres telépata?

—¿Por qué lo preguntas, Mel?

—Cuando venía hacia aquí, sentí de pronto la urgencia de acelerar el paso. Lo presentí... o me pareció que estabas en peligro... Casi sentí en mi mente una llamada tuya de socorro...

—Lo cierto es que pensé en ti y que deseé tenerte a mi lado, para que me ayudaras a salir del apuro. Pero no soy telépata.

Ockers la miró fijamente.

—¿Estás segura? —insistió.

—Que yo sepa, jamás me he preocupado de comunicarme mentalmente con otra persona —respondió ella.

—De todas formas, haremos una prueba —dijo Ockers.

—¿Cómo? —quiso saber la muchacha.

—¿Estás lista para salir a la calle?

—Sí, ahora mismo...

De pronto, se oyó el zumbido del videófono. Jenny dudó un momento, pero acabó por dar el contacto.

—Buenos días, señorita Miller —sonó la voz de Markdor—. ¿Está por ahí Mel Ockers?

—Sí, capitán; aquí está.

—Larga Paz, Dan —saludó el joven.

—Larga Paz, Mel —dijo Markdor—. He adquirido informes de la SD. Por el momento, sé que es una firma completamente legal y cuyas acciones no tienen nada de deshonestas. Está dirigida por Vic Shalloo, como ya sabes, pero eso es todo lo que puedo decirle por ahora.

—Gracias, Dan, lo tendré en cuenta.

La pantalla se apagó. Jenny desconectó el aparato.

—Nunca pude imaginarme que llegases a ser tan amigo de un esbirro —dijo casi rencorosamente.

—Las personas no resultan tan malas cuando se las conoce bien —contestó él con sibilina sonrisa.

* * *

—Tiéndase ahí y relájese, señorita —ordenó el doctor Pickerson.

Jenny miró recelosamente al galeno.

—¿Qué es lo que quiere hacer conmigo? —preguntó.

—No temas, Jenny —dijo Ockers—, Ralph Pickerson es un buen amigo mío, además de competente neurólogo.

—Simplemente, quiero examinar su teleencefalograma —manifestó

el médico.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó ella, atónita.

—La palabra resulta un tanto vulgar, pero, en el fondo, exacta. Se trata de averiguar su capacidad para producir emisiones mentales.

—Creo que entiendo. Algo sobre telepatía, ¿eh?

—Justamente —sonrió Pickerson—. Relájese, por favor.

Jenny se tendió sobre un diván, cuya cabecera terminaba de una forma un tanto rara, ya que tenía un hueco por el que el cráneo del paciente quedaba al aire libre. Luego acercó un carrito con ruedas, que sostenía un monumental casco semiesférico, cuyo interior, sin embargo, se acomodó por sí solo al volumen de la cabeza de Jenny.

Un grueso cable, de casi diez centímetros, estaba conectado a una consola de control, en la que Pickerson manipuló a renglón seguido.

—Relájese —insistió, a la vez que conectaba un interruptor.

Sobre la consola se iluminó una pantalla de vidrio de casi dos metros de largo por uno de alto. Una línea rojiza, irregular, apareció en uno de sus extremos y se deslizó lentamente hacia el opuesto.

—Siga relajándose, trate de situar su mente en blanco, señorita.

La línea se hizo menos irregular, recta en algunos puntos. La intensidad de su luminiscencia marcaba el origen de las ondas cerebrales, formando como un pequeño círculo que era el origen de las ondulaciones que aparecían en la pantalla.

—Si tiene familia lejos de aquí, piense en ellos —dijo Pickerson—. Esfuércese por dirigirles una llamada.

—¿Qué pasará si sus familiares la reciben?—preguntó el joven.

—No les llegaría; el casco recibe las ondas cerebrales de tu amiga, pero las interfiere, permitiendo que lleguen solamente hasta la pantalla. Haga lo que le he dicho, señorita.

La línea de registro se hizo de repente muy activa, con grandes zigzags en sentido vertical. Al mismo tiempo, en una diminuta pantalla situada en la propia consola, aparecían una serie de cifras, que se esfumaban casi inmediatamente.

—Mente en blanco otra vez —dijo Pickerson.

La línea rojiza se estabilizó de nuevo. Entonces, Pickerson desconectó el aparato y retiró el casco.

—Puede levantarse —indicó.

Jenny obedeció. Pickerson tocó una tecla y una tarjeta salió al momento por una ranura de la consola. El médico la estudió atentamente y luego se volvió hacia la pareja.

—Poca potencia de emisión, pero una gran receptividad —dijo—. Como todos los neutralianos.

—¿Eh? ¿Quién le ha dicho que yo soy de Neutralia? —exclamó Jenny, asombradísima.

—Su TEEG, esto es, el teleelectroencefalograma o estudio de la actividad telepática de su cerebro ofrece unas características comunes a la mayoría de los nativos de Neutralia. Convenientemente entrenada, señorita Miller, usted llegaría a convertirse en una excelente telépata, con capacidad suficiente para la transmisión y recepción del pensamiento, e incluso con la habilidad necesaria, digámoslo así, para no recibir llamadas mentales que no le interesasen, lo que significa que podría bloquear su cerebro en determinadas circunstancias, dejando abierto solamente un canal para la recepción de los pensamientos de determinada persona. En suma, un telépata selectivo.

Jenny tenía la boca abierta de par en par.

—¡Caramba! ¿Todo eso soy yo? —exclamó.

Pickerson asintió.

—La mayoría de los neutralianos ofrecen esas mismas características —contestó, muy serio—. Más o menos desarrolladas, por supuesto.

Ella se volvió hacia Ockers.

—Está bien, pero aún no acabo de comprender por qué me has traído aquí —manifestó.

—Ni yo mismo lo sé muy bien —respondió Ockers—. Pero quería estar seguro de lo que sospeché cuando me pareció sentir tu llamada

en el cerebro. Ralph acaba de confirmarlo.

—Sin embargo, yo no quiero ser una telépata. No me interesa penetrar en la mente de otra persona ni quiero tampoco que otras personas penetren en la mía.

—Eso es lo que tratamos de evitar, Jenny.

—Pero aún no entiendo...

Ockers agarró a la muchacha por un brazo.

—Debemos irnos —dijo—. Ralph, gracias por tu colaboración. Envía la nota a mi cuenta corriente.

—Descuida —contestó el psiquiatra.

Ockers y Jenny salieron a la calle.

—Si no me equivoco —dijo ella—, tratabas de encontrar una solución para librarme de apuros.

—La visita al doctor Pickerson puede ser parte de esa solución —contestó Ockers.

—Mel, ¿qué interés puede tener el Psicontrol para Kyrson? —preguntó la muchacha.

—Si tú no has usado nunca un casco de Psicontrol, no puedes imaginarte siquiera lo que es. Pero yo me imagino que Kyrson lo quiere para algo más que mover simplemente las astronaves, aunque en estos momentos no acabo de imaginarme al completo sus intenciones.

—No serán buenas, cuando ofrece tanto dinero.

—No, no son buenas —concordó Ockers, muy serio.

CAPITULO VIII

Ockers regresaba a su casa, cuando, inesperadamente, tropezó con una hermosa mujer.

—Perdón —se disculpó con toda cortesía.

—No tiene importancia —sonrió ella.

Era una dama de bellas facciones, pelo muy negro y tez bronceada, vestida con discreta elegancia. Con gran sorpresa, Ockers vio que la bella desconocida entraba

en su misma casa.

El ascensor les llevó hasta la misma planta. Al salir, ella le dirigió una leve inclinación de cabeza y se dirigió hacia el apartamento contiguo al suyo.

Ockers entró en su piso y fue al baño, donde se duchó y aseó. Luego volvió a la sala y encargó la cena a la dispensadora de alimentos. Contempló un programa de televisión durante un rato y cuando sintió sueño, se metió en la cama y se durmió.

Al día siguiente, después de regresar de casa del profesor, donde había estado estudiando las características técnicas del Psicontrol, se encontró de nuevo con la mujer. Sin duda, pensó, ella acababa de alquilar un departamento en el edificio.

—Puesto que vivimos juntos —dijo, mientras subía en el ascensor—, estimo que será conveniente que me presente. Melville Ockers, ingeniero de psicoelectrónica, señora.

La bella sonrió suavemente.

—Olga Wenner, viuda, rentista —contestó.

—Encantado, señora Wenner.

—Es un placer, ingeniero.

Ockers y Olga se separaron momentos después. Los encuentros se produjeron durante los días siguientes, con cierta regularidad.

Una semana más tarde, al llegar a su casa, Ockers vio que Olga acababa de entrar en el ascensor. Aguardó a que éste volviera a la planta baja y entró en él. Cuando salía, vio abierta la puerta del piso de Olga.

Oyó voces destempladas. De pronto, creyó escuchar un gemido sofocado.

Atraído por la curiosidad, se desvió unos pasos de su camino. La puerta estaba abierta a medias y pudo ver a Olga forcejeando con un desconocido.

La joven tenía sus ropas rasgadas en parte. Fue todo lo suficiente para que Ockers se lanzase a la pelea, sin pensar en las consecuencias.

—Deje a esa mujer —exclamó.

El individuo se volvió y le golpeó con fuerza. Ockers sintió que le estallaba la cabeza y cayó al suelo sin conocimiento.

Minutos más tarde, abrió los ojos. Olga estaba inclinada sobre él.

—¿Cómo se encuentra, Mel? —preguntó ansiosamente.

Ockers se llevó una mano a la mandíbula.

—Duele un poco —contestó, esforzándose por sonreír.

—Espere, le traeré un calmante.

Olga se marchó. Vagamente, Ockers se dio cuenta de que ella había cambiado de indumentaria. Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en un diván.

Ella volvió momentos después, con una copa en la mano.

—Beba —sonrió.

Ockers aceptó la bebida. El dolor se alejó con rapidez.

—Ahora me encuentro mucho mejor —manifestó—. No sé cómo darle las gracias, señora... Pero ¿qué le pasaba?

—Era un ladrón —dijo Olga—. Quería robarme el dinero y las joyas, pero parece que después cambió de opinión. Quería... Bueno, usted es un caballero y me comprenderá fácilmente.

—Sí, me lo imagino. ¿Ha llamado a la policía?

Olga sonrió.

—No, ¿para qué? El tipo se asustó y echó a correr. No nos compliquemos más la vida, Mel.

—Puede que sea una buena solución. —Ockers hizo un esfuerzo y se puso en pie—. Señora Wenner...

—¿Por qué no me llama Olga?

Ockers contempló a la hermosa mujer que tenía ante sí. Olga era de su edad, aproximadamente, y tenía un aspecto sumamente atractivo.

—Sí, Olga —sonrió.

—Me gustaría agradecerle lo que ha hecho por mí, Mel.

—No tuvo importancia, Olga.

—Las palabras son insuficientes, Mel. Quisiera demostrarle mi gratitud con hechos.

—Pero, Olga...

Los brazos de la mujer se enroscaron de pronto en torno al cuello del joven.

—Me gusta ser agradecida —susurró.

Los ojos de Olga eran negros, profundos, y sus labios eran cálidos y generosos. De pronto, Ockers creyó que pisaba sobre nubes.

* * *

El ama de llaves del profesor se acercó al videófono y dio el contacto.

—Diga, señorita Miller —exclamó, al ver el rostro de la muchacha en la pantalla.

—¿Está ahí el señor Ockers? —preguntó Jenny ansiosamente—. Hace dos días que no tengo noticias de él...

—Lo siento, señorita; hace dos días, justamente, que nosotros no vemos al señor Ockers.

—Está bien, gracias; iré a verle a su propia casa.

Dolores cortó el contacto, para llamar a continuación a cierto número de videófono. Un rostro cuadrado, compacto, surgió en la pequeña pantalla.

—Dan, no hay noticias de Mel —dijo el ama de llaves—. Ve a su casa, pronto.

—Ahora mismo —respondió el capitán Markdor.

Jenny y Markdor coincidieron en el ascensor. La muchacha hizo un gesto de desagrado al reconocer a su inesperado acompañante.

—No tengo pulgas —dijo Markdor, cáustico.

Jenny alzó la barbilla. Taconeó vivamente al salir del ascensor, dándose cuenta de que Markdor llevaba el mismo camino.

—¿Va a detenerlo? —preguntó.

—Me parece que usted y yo estamos aquí por la misma razón —contestó el policía.

—¿Quién le ha dicho...?

Pero Markdor no contestó directamente. Ya habían llamado y nadie contestaba. Jenny empezó a temer lo peor.

Markdor sacó del bolsillo un pequeño manojito de llaves y abrió, después de algunos tanteos. Apenas habían cruzado el umbral, Jenny lanzó un agudo grito de terror.

—¡Está muerto!

Ockers aparecía tendido sobre un diván, con las manos cruzadas sobre el pecho. Markdor saltó hacia él y le puso una mano en el corazón.

—Todavía está vivo —dijo.

La respiración de Ockers, aunque débil, era regular.

—Lo mejor será llamar a una ambulancia —manifestó Markdor—. Mientras tanto, traiga un poco de agua, Jenny.

—Sí, capitán.

La muchacha corrió hacia la cocina. Markdor reparó en la singular palidez del rostro de Ockers, que aparecía, además, un tanto demacrado.

Jenny trajo el agua. Markdor mojó el rostro del joven. De pronto, Ockers abrió los ojos.

—Olga —murmuró.

—¿Quién es esa Olga? —exclamó Jenny.

—No lo sé. Ya nos lo dirá él cuando vuelva por completo en sí.

Pasaron unos minutos. De pronto, Ockers cerró los ojos.

—Se ha dormido otra vez —exclamó la muchacha.

—Olga, Olga... —suspiró Ockers.

—¿La conoce usted? —preguntó Jenny.

Markdor parecía profundamente pensativo. De pronto, exclamó:

—Me parece que esto es cosa de un buen psiconeurólogo.

—¿Cómo? —dijo ella.

—Una vez me encontré con un caso semejante..., pero lo mejor será avisar al médico —respondió el policía.

—¡Aguarde! Si va a llamar a un neurólogo, yo conozco a uno muy bueno y, además, amigo de Mel.

Markdor señaló el videófono.

—Hable con él y dígame que venga urgentemente —ordenó.

* * *

Después de aplicar la inyección al durmiente, Pickerson se puso en pie y miró a los dos espectadores.

—La droga tardará algunos minutos en hacer efecto —dijo—. Pero me parece que no será suficiente del todo.

—¿Por qué? —preguntó Markdor.

—Por los síntomas, creo que a Mel le propinaron una fortísima dosis de «Mnemo-2», una droga altamente estimulante durante tres o cuatro horas, pero que luego produce una amnesia total, junto con un estado de abatimiento muy profundo, una paracatatonía, que impide al paciente hacer el menor movimiento, ni siquiera para alimentarse. A veces puede recobrar el conocimiento, pero su lucidez es prácticamente nula y, por supuesto, no reacciona muscularmente. Si

el paciente no es atendido con un mínimo de urgencia, puede morir de inanición.

Jenny se estremeció.

—¡Lleva más de dos días sin comer ni beber! —exclamó.

—Mel es un hombre fuerte y superará su actual situación —afirmó el galeno—. Pero me parece que no podremos saber todo lo que le ha pasado sólo con la droga que le he aplicado, estrictamente reanimadora. Su comportamiento volverá a ser normal, aunque los efectos de la «Mnemo-2» durarán largo tiempo en su cerebro, tal vez para toda la vida.

Markdor frunció el ceño.

—Ese proceso es irreversible, supongo —dijo.

—Mi reactivador cerebral conseguiría algunos resultados, pero no todos los que usted desearía, capitán. Es decir, si tiene interés en saber por qué ha llegado Mel a esta situación.

—Sí, quiero saberlo —contestó Markdor.

Ockers lanzó un hondo suspiro. Pickerson se volvió hacia la muchacha.

—Prepárele algo de comer —indicó.

—Sí, doctor.

Jenny se fue hacia la cocina donde preparó un par de platos, cubiertos y un vaso. Estuvo unos diez minutos y se dispuso a salir.

Sostenía ja bandeja con una mano. Con la otra empezó a abrir la puerta. Entonces vio algo que la dejó estupefacta.

Markdor y Pickerson estaban completamente inmóviles, convertidos en sendas estatuas. Jenny sintió deseos de chillar, pero logró contenerse.

El desconocido que estaba en la sala acababa de inyectar algo al capitán de la Polim. Luego se acercó a “Pickerson y le puso otra inyección, tras dejar la primera jeringuilla en manos de un sujeto que le acompañaba.

—Vamos —dijo el primero instantes después.

Los dos hombres desaparecieron. Apenas se había cerrado la puerta del departamento, Markdor y Pickerson rodaron al suelo.

Sólo entonces se atrevió Jenny a dejar la cocina. Ockers se había dormido de nuevo.

—¡Mel! —gritó.

El joven abrió los ojos.

—Jenny, preciosa —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó ella casi a gritos.

—Un poco débil..., pero no es necesario que me rompas los tímpanos —contestó Ockers de buen humor. Se pronto se sentó en el diván y entonces fue cuando vio a los dos hombres tendidos en el suelo—. ¿Qué diablos ha pasado aquí? —inquirió, atónito.

Jenny se echó a llorar.

—Oh, Mel... Los han matado mientras yo te preparaba la comida... y ahora no recuerdas quién es Olga —dijo, gimoteando aparatosamente.

Ockers oyó aquellas palabras y creyó que la muchacha se había vuelto loca.

* * *

El profesor Tzorvux contempló los cuerpos inmóviles y luego volvió sus ojos hacia Ockers y Jenny.

—De modo que eso es lo que ha sucedido —dijo, tras haber escuchado en silencio las explicaciones de la muchacha.

—Sí, profesor. Ignoro por completo qué les ha sucedido...

—Están vivos y no corren peligro alguno —aseguró Tzorvux—. Pero aquí no me es posible hacer nada en su favor. Tendremos que llevarlos a mi casa.

—Profesor, el doctor Pickerson habló de la «Mnemo-2»...

Tzorvux hizo un gesto de asentimiento, sin dejar que la muchacha

siguiera hablando.

—Conozco esa droga —afirmó escuetamente—. Mel, mi aeromóvil está en la terraza. Tú eres fuerte, tendrás que subir a estos dos hombres en brazos.

—Ha estado dos días enteros sin probar bocado —alegó Jenny.

—Estoy recuperado —sonrió él, a la vez que se inclinaba para cargar con el inmóvil cuerpo de Markdor

Momentos después, volvía al departamento. Cuando salía del ascensor, vio que se abría la puerta de Olga Wenner.

Algo chispeó en su mente. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia delante y empujó la puerta.

Sonó un chillido femenino. Olga cayó de espaldas con los pies por alto.

—¡Bruto! —gritó.

Ockers contempló unos instantes a la hermosa mujer.

—Olga, tú me diste a beber un calmante —dijo—. ¿Lo recuerdas?

El semblante de la mujer se puso gris.

—Mel, no sé de qué me estás hablando —contestó, mientras gateaba para recobrar su bolso, que se le había caído de las manos.

—No recuerdo bien qué me ha pasado después de tomar aquel calmante, pero sí sé que me diste una buena dosis de «Mnemo-2». Esa droga estimula prodigiosamente la memoria, en la primera fase de sus efectos, pero después la anula por completo. ¿Por qué lo hiciste?

Olga se levantó. Ya tenía el bolso en las manos.

Un extraño brillo apareció en sus ojos. De repente, Ockers presintió un grave peligro.

Casi por instinto, alargó las dos manos, empujando el bolso hacia el bien formado pecho de la mujer. Se oyó una sorda explosión.

Olga se tambaleó y cayó de espaldas. Un poco más arriba de su estómago había una mancha roja, que se ensanchaba con rapidez.

—Me muero —gimió.

Ockers se arrodilló a su lado.

—Querías matarme —dijo—. ¿Por qué?

En los labios de Olga apareció una espumilla rosada.

—Shalloo... —susurró, Y, de pronto, tras un leve espasmo, dobló la cabeza a un lado y murió.

Ockers apretó los labios. Al abrir el bolso, encontró una pistola con silenciador. El arma se había disparado precisamente cuando ella se disponía a sacarla, debido al empujón que Ockers le había propinado con ambas manos. El cañón se había vuelto contra Oiga.

En el bolso, Ockers encontró también cuatro minúsculos discos, que supo eran rollos de película con sonido. No tardó mucho en encontrar la cámara, cuyo objetivo, hábilmente disimulado, estaba enfocado al interior del departamento contiguo, el suyo, precisamente.

Los discos medían apenas cinco centímetros de diámetro por medio de grueso, pero eran suficientes para contener cada uno de ellos un par de miles de metros de finísima película, en la que se habrían grabado, dedujo, todas las imágenes y los sonidos producidos en su propia casa. Guardó los rollos en un bolsillo, salió, cerró la puerta y volvió al departamento, a fin de transportar a Pickerson al aeromóvil del profesor.

CAPITULO IX

La puerta se había abierto silenciosamente. Una mano arrojó algo al interior de la estancia. Hubo un leve chispazo, una pequeña nubecilla de humo poco denso y, casi en el acto, Markdor y Pickerson se quedaron inmóviles como estatuas.

A continuación, entró un hombre con una jeringuilla en la mano. Pinchó primero al policía y luego hizo lo mismo con el neurólogo. Luego, seguido de su compinche, el sujeto abandonó la casa. Entonces, Pickerson y Markdor cayeron al suelo.

Jenny apareció instantes después en la pantalla. Entonces, Ockers apagó el proyector y encendió las luces.

—Eso es lo que sucedió —dijo.

—El intruso utilizó gas paralizante —declaró Tzorvux, que había entrado momentos antes—. Luego aplicó sendas inyecciones de «Mnemo-2» a mis actuales pacientes y, acto seguido, se marchó en unión de su cómplice y ayudante.

—¿Por qué les inyectó la droga? —preguntó Jenny.

—Como se decía antiguamente, sabían demasiado. Matar a una persona es siempre peligroso, sin embargo.

—Pickerson y Markdor podrían morir de inanición —dijo el joven.

—El que les aplicó la droga, sabía que tarde o temprano, serían socorridos, como te ha sucedido a ti. Bien, Mel, muchacho, es hora de que empecemos con el tratamiento.

Ockers respingó.

—¿Qué tratamiento? —preguntó.

—Mis pacientes se están recuperando, pero tardarán todavía un buen rato en sentirse bien. Tú estás en magníficas condiciones para someterte al tratamiento memorizador.

—Creo que comprendo. Usted quiere que yo recuerde lo que sucedió a partir del momento en que tomé la «Mnemo-2».

Tzorvux sonrió.

—Exactamente. ¿Vamos?

—Yo seguiré proyectando las películas —dijo Jenny—. Quiero saber todo lo que sucedió en el departamento de Mel.

Siguiendo al profesor, Ockers pasó al laboratorio, donde, tendidos en sendas mesas, yacían Markdor y el neurólogo. Tzorvux indicó al joven un sillón.

—Ahí —dijo lacónicamente.

Ockers se sentó. A los pocos instantes, Tzorvux le puso sobre la cabeza un casco, conectado por varios cables a una mesa de control, ante la que se sentó a su vez.

Minutos después, Ockers se sintió invadido por una dulce somnolencia. Le pareció que hablaba, pero no hubiera podido afirmarlo.

De pronto, se despertó.

—Sí que ha ido rápido, profesor —exclamó.

Tzorvux se echó a reír.

—¿Rápido? Has estado cuatro horas ahí —dijo.

—¿Qué? —gritó el joven.

—Como lo oyes. Markdor y Pickerson están cenando ya. Levántate y llena el estómago, que buena falta te hace —exclamo Tzorvux jovialmente.

Ockers se puso en pie, dándose cuenta de que ya no tenía puesto el casco memorizador. Sin comprender muy bien lo que sucedía, pasó al comedor, donde Dolores llenaba los platos de los comensales.

—Larga Paz, Mel —rió Pickerson—. ¿Te encuentras bien?

—Aturdido. Aún no sé qué me ha pasado...

—Es bien sencillo —dijo Tzorvux, a sus espaldas—. Te aplicaron la «Mnemo-2», pero se llevaron un chasco.

Ockers se sentó a la mesa. Dolores le puso delante un gran plato de carne con patatas y mantequilla.

—¿Fracasaron? —dijo el joven.

—Sí. Creían que tú conocías el secreto del Psicontrol, pero no pudiste decirles más de lo que sabes.

—Con lo cual, perdieron el tiempo —dijo Markdor.

—Pero ¿quiénes...?

—Jenny dijo que le parecía conocer a uno de ellos.

Ockers miró a su alrededor.

—Es verdad —dijo—. Falta ella.

—Se marchó a ver si encontraba a ese conocido suyo —declaró Markdor—. En cuanto lo haya conseguido, vendrá a buscarnos.

—Usted es policía, Dan —acusó Ockers.

—Apenas hace un cuarto de hora que me he puesto bien. Mis condiciones físicas no son óptimas. Prefiero llenar primero la tripa —sonrió Markdor, a la vez que dirigía una mirada apreciativa a los opulentos contornos del ama de llaves.

Dolores sonrió maliciosamente. Ockers se dio cuenta del cambio de miradas y ocultó una sonrisa

—Este guisado tiene muy buen aspecto —comentó.

—Razón de más para que la señora Paz me sirva a mí una ración —exclamó Tzorvux alegremente.

* * *

Pisando de puntillas, Jenny se acercó a la puerta y escuchó unos instantes. Luego, sin hacer ruido, giró el pomo y empujó un poco.

De súbito, una mano surgió de la oscuridad y le tapó la boca. Dos manos más tiraron de su cuerpo. Jenny se sintió arrastrada al interior de una estancia. Algo dulzón llegó a su pituitaria y entonces, en pocos segundos perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se encontró sentada en un sillón. Una fuerte luz hería sus ojos, a pesar de lo cual, consiguió divisar una docena de siluetas de personas, sentadas en semicírculo frente a ella.

Todos aquellos sujetos estaban enmascarados, vestidos de pies a cabeza. A Jenny le recordaron una edición múltiple del Locutor Negro.

—Jenny Miller, estás ante el consejo secreto de Gobierno de Neutralia —dijo el que parecía presidir la reunión—. Sobre ti pesa la acusación de falta de colaboración con nosotros. Puedes defenderte.

—¿Defenderme? ¿De qué? ¡Yo no he cometido ningún delito! —exclamó ella con vehemencia.

—La falta de colaboración, en sí, ya es un delito.

—¡Absurdo! Yo...

—Tú formabas parte de la red de informadores del profesor Tzorvux. Es cierto que el profesor evitó la guerra, pero nosotros queremos algo más.

—Lo que ningún neutraliano puede querer es ser gobernado por un grupo de asesinos —gritó Jenny.

—La justicia siempre es dura para el que quebranta las leyes —dijo el enmascarado doctoralmente.

—¿Qué leyes? ¿Las vuestras? ¿Las que habéis dictado sin consenso popular? ¿A quién representáis? ¿Qué pueblo os ha otorgado poderes para gobernarlo?

—Todo lo que estás diciendo son meros sofismas, sin valor exculpatorio alguno. Se te hizo una proposición y, de haber aceptado, habrías recibido una excelente compensación económica. Sabemos recompensar a los que nos ayudan, pero también castigamos a los traidores.

—Rechazo esa calificación. Yo no me considero traidora a un grupo de viles asesinos. Además... ¿Está ahí Kyrson?

Hubo una pausa de silencio. Luego, el presidente del tribunal de enmascarados, dijo:

—Esa pregunta es impertinente. Acusada, se va a dictar sentencia. Hemos escuchado tus alegatos. ¿Tienes que añadir algo más?

—Sí, una cosa —exclamó Jenny, vivamente indignada—. Lo único que deseo decir es que no reconozco en vosotros ninguna autoridad para juzgarme, salvo la de la fuerza bruta.

—Está bien. Has sido acusada y se te ha escuchado. Ahora, oye nuestra sentencia. Este tribunal, en nombre del pueblo de Neutralia, te condena a la pena de disgregación física.

Jenny sintió que los pelos se le ponían de punta.

—¿Aquí? —gimió.

El enmascarado hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí y ahora mismo. Compañeros, procedamos a la ejecución.

Doce pistolas de cañón muy ancho surgieron de las doce hopalandas negras que vestían aquellos sujetos. Jenny se vio encañonada por aquel semicírculo de armas, cuyo poder destructor conocía muy bien.

—Calienten las armas —dijo el presidente.

Doce pulgares presionaron sendos botones situados en las culatas, lo que provocó el encendido de doce lamparitas piloto. Jenny sabía que una pistola disgregadora necesitaba de veinte a treinta segundos para alcanzar el punto óptimo de disparo.

De repente, una voz gritó:

—¡Fuego, fuego!

* * *

Jenny cerró los ojos. Durante un segundo, esperó sentir en su cuerpo la vivísima sensación de quemadura que seguía al impacto de la descarga disgregadora. Pero no ocurrió nada de lo que temía.

—¡Fuego, la casa está ardiendo!

Entre los enmascarados hubo un momento de confusión. Alguien corrió hacia una de las ventanas y apartó las cortinas. Se veían llamas por todas partes.

—¡La casa arde! —chilló.

Once enmascarados buscaron la salvación en la huida. El duodécimo se quedó en su puesto.

Jenny abrió los ojos. Todavía había un arma que apuntaba hacia ella.

El instinto la hizo echarse a un lado, justo cuando de la boca del arma brotaba un cegador relámpago. Jenny sintió cerca de su hombro izquierdo un vivísimo calor, pero, al mismo tiempo, supo también que el disparo había fallado su blanco.

Súbitamente, una ventana se rompió con tremendo estrépito. Alguien irrumpió en aquella habitación y rodó por el suelo, para levantarse en el acto un segundo después.

El enmascarado volvió su pistola hacia el recién llegado. Pero antes de que pudiera disparar, sonaron dos disparos en la ventana.

Ockers se puso en pie y sonrió al volverse hacia Markdor.

—Buena puntería, Dan —dijo.

Markdor entró en la casa. Ockers levantó a la muchacha del suelo.

—La curiosidad es la madre de todos los vicios —dijo.

Jenny se echó a llorar en el pecho del joven. Ockers miró a Markdor.

—Ya ve, le salvamos la vida y todo lo que se le ocurre es derramar lágrimas.

—Son de alegría, tonto —gimoteó ella.

Markdor sonrió. Luego se acercó al encapuchado, que yacía en el suelo y le quitó la máscara.

—Kyrson —exclamó.

—¿Le sorprende, Dan? —preguntó Ockers.

—No mucho. Pero Kyrson no era de Neutralia.

—¿Se llamaba Kyrson?

Markdor frunció el ceño.

—Tendré que averiguarlo —dijo—. Primero llamaré a mis patrulleros, para que registren bien el lugar. Mel, llévase a la chica.

—De acuerdo, Dan.

Los policías entraban por puertas y ventanas. Ockers y Jenny salieron al exterior. Ella se encontró en un frondoso jardín, situado, según apreció, muy lejos de la ciudad.

—Mel, ¿cómo se te ocurrió la idea del fuego? —preguntó, cuando ya el aeromóvil de Ockers se separaba del suelo.

—Bueno, nos acercamos sin ser advertidos, pero pudimos apreciar que eran muchos más que nosotros. Dan llevaba consigo el detector de armas, por lo que supimos que tendríamos que enfrentarnos con doce pistolas disgregadoras. Entonces fue cuando pegamos fuego a algunas hierbas secas que encontramos por el jardín. Lo tenían muy descuidado, ¿sabes?

Jenny inspiró con fuerza.

—Debo deducir que el profesor te informó de la existencia del

rastreador personal que me había prestado —dijo.

—Efectivamente. Al ver que tardabas en volver, fuimos a tu casa. El detector de rastros humanos de Dan nos permitió seguir el tuyo con facilidad.

—Son unos aparatos muy útiles —convino la muchacha—, Mel, ¿quién era Olga?

Ockers sonrió.

—Una hermosa mujer que jugó conmigo como el gato juega con el ratón —contestó sinceramente—. Pero era un juego peligroso y ella misma se abrasó.

—Trabajaba para Shalloo, ¿no es así?

—Al menos, eso es lo que me dijo cuando agonizaba.

Sobrevino una corta pausa. Luego, Ockers hizo una pregunta:

—Jenny, ¿has visto todas las grabaciones que encontré en el bolso de Olga?

Ella hizo un signo negativo.

—No tuve tiempo —respondió—. Pero sí sabía que uno de los que entraron para inyectar la «Mnemo-2» a Pickerson y a Markdor era Kyrson. Iba disfrazado.

—¿Cómo lo reconociste?

—Cometió un error: no se le ocurrió teñirse las canas de sus sienes. Y yo fui a su casa y caí en la trampa —contestó la muchacha.

CAPITULO X

Al día siguiente, Markdor llamó a Ockers.

—Tengo una pista —dijo.

—¿Acerca de...?

—Acerca de la identidad del consejo secreto del Gobierno de Neutralia. Cuando sepa más detalles, le llamaré.

—Gracias, Dan. ¿Cuándo pide la mano?

—¿La mano? ¿Qué mano? —se sorprendió el hombre de la Polim.

Ockers se echó a reír.

—No será la de Jenny; yo no se lo permitiría —contestó—. Me refiero a la señora Paz. Le mira con muy buenos ojos, Dan.

Markdor soltó un bufido.

—Eso son figuraciones tuyas, Mel —contestó.

Y ya no hubo más por el momento. Pero, en cierto modo, la identificación de aquellos melodramáticos enmascarados, que habían pretendido ejecutar a Jenny, le importaba muy poco a Ockers.

Era una cuestión de política y él no tenía ningún interés en la política. En cambio, sí quería encontrar a Shalloo.

Para mayor seguridad, después de lo ocurrido, Jenny vivía ahora en casa del profesor Tzorvux. Ockers sintió deseos de hablar con la muchacha y marcó una serie de cifras en su videófono.

En lugar de Jenny, fue Dolores la que apareció en la pantalla.

—La señorita Jenny no está —informó el ama de llaves.

Ockers se asombró de la ausencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Para ella es un grave riesgo dejar esa casa...

La cara del profesor surgió de pronto en la pantalla.

—No te alarmes, muchacho —dijo Tzorvux—. Aunque por el momento no puedo decirte nada más, he sido yo el que ha enviado a Jenny a una misión especial, muy importante para mí.

—¿Adónde, profesor?

—Ten calma. Jenny volverá dentro de dos o tres días.

Ockers cerró la comunicación. Le preocupaban las palabras del profesor, tan enigmáticas. Y no le gustaba en modo alguno que utilizase a Jenny como correo personal para misiones más dignas de un espía avezado que de una muchacha de mente sencilla y sin complicaciones.

Pero ya no podía evitarlo. Y el nombre de Shalloo seguía siendo el centro de sus pensamientos.

Oiga había muerto sin tener tiempo de declarar dónde podía encontrar al individuo. Constantemente, Ockers se preguntaba por la forma de conseguir sus propósitos.

De repente, se le ocurrió una idea.

Minutos más tarde, estaba en el departamento que Olga había alquilado durante unos días, a fin de que alguien tuviera tiempo de instalar la cámara registradora de imágenes y sonidos, aparte de simular, mientras tanto, una agradable vecindad. ¿No encontraría allí una pista que le llevase al lugar donde se encontraba Shalloo?

La encontró después de varias horas de tenaz y paciente búsqueda, durante la cual no dejó ni un solo centímetro cuadrado por examinar. Lo que encontró, caída sobre el espacio situado entre dos almohadones de un enorme diván, fue una factura por una cámara grabadora de imagen y sonido, con motor de funcionamiento automático.

El aparato había costado caro. No lo usaba cualquiera, dedujo. La cámara funcionaba apenas un objeto móvil entraba en el campo de su objetivo o se producía un sonido de volumen superior al de una persona hablando en voz muy baja. Eran unos mecanismos muy sensibles y su precio no resultaba precisamente una bagatela.

Pero en la factura, que se le había caído a alguien inadvertidamente, figuraba el nombre y domicilio del vendedor.

* * *

El hombre titubeó.

—No sé si debo...

—Esa cámara —dijo Ockers, al mismo tiempo que enseñaba la factura—, ha sido empleada para fines ilegales. Tengo un amigo en la Polim. Quizá haya oído hablar usted de! capitán Markdor. ¿Prefiere que sea él quien venga a preguntárselo oficialmente?

El vendedor se sintió repentinamente incómodo.

—Bueno, a mí no me importa mucho —dijo—. Las cámaras de ese tipo son legales. Lo que pasa es que cuestan mucho...

—En la nota de venta no figura el nombre del comprador. Usted lo sabe.

—Sí, dijo llamarse Sam Buckley. Vive en la Avenida Ochenta, setecientos diecinueve. Al menos, eso declaró.

Ockers sonrió.

—Gracias, amigo —dijo.

Salió a la calle. Buckley era uno de los hombres de Shalloo. La pista, pensó, era importantísima.

Al hacerse de noche, fue a la dirección indicada. Buckley no abrió. Lo hizo Deynn en su lugar y lo primero que vio fue a un hombre alto y membrudo. Después, vio que un puño avanzaba hacia su mentón y ya no sintió más.

Ockers entró en la casa. Cerró la puerta y se inclinó sobre el caído, desposeyéndole de una pistola, que guardó en el interior de su blusa. En el interior del departamento sonó una voz:

—¡Nat! ¿Quién era?

Ockers guardó silencio. A los pocos momentos, un hombre, a medio vestir, apareció en la sala.

Shalloo vio el cuerpo tendido en el suelo y sufrió una fuerte sacudida. Luego advirtió el revólver en la mano derecha de su inesperado visitante.

—No dispare —rogó, muy asustado.

—Siéntese, Shalloo.

El hombre suspiró.

—Me ha cazado —dijo.

—Sí. ¿Shalloo es su nombre auténtico?

—¿Importa mucho eso?

—Bien mirado, no. Le supongo enterado de lo que le sucedió á

Olga.

—Sí —dijo Shalloo.

—No me ha dicho que lo lamenta.

Shalloo se encogió de hombros.

—¿Modificaré eso el estado de la cuestión? —murmuró.

—Es usted un hombre práctico. ¿Por qué quiere comprar el Psicontrol?

—Usted conoce bien ese aparato. La pregunta sobra, por tanto.

—El profesor Tzorvux lo divulgará en su día, cuando haya hecho las pruebas suficientes, para que no haya lugar a dudas sobre su funcionamiento.

Shalloo sonrió sibilinamente.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ockers—. ¿No me cree?

—¿De veras ha llegado a pensar que nosotros queríamos el Psicontrol para manejar las astronaves con mayor facilidad?

Ockers se quedó perplejo.

—No le entiendo —manifestó.

—Lo siento, pero no hablaré más.

—Tengo un revólver en la mano, Shalloo.

—Mi muerte no resolverá su ignorancia, Ockers.

—Claro que no, pero puedo destrozarle una rodilla de un tiro. Si aun así no habla, le partiré el fémur de la misma pierna. Luego la otra rodilla...

La alarma apareció en los ojos de Shalloo.

—No sea bárbaro —gruñó.

Ockers bajó un poco el cañón del arma.

—Hable o dispararé a la rodilla —amenazó torbamente.

—Está bien. Multiplicación de efectos.

—¿Del Psicontrol?

—Claro.

—Pero ¿qué quiere decir eso?

Deynn se movió de pronto. La atención de Ockers se distrajo unos instantes.

Al mismo tiempo, se abrió la puerta. Ockers se encontró en una especie de trampa.

Buckley saltó sobre él. Shalloo le golpeó la mano y el revólver saltó por los aires.

—Se han cambiado las tornas —dijo Shalloo momentos después, mientras Buckley y Deynn sujetaban al joven por los brazos.

—Así es la vida —contestó Ockers filosóficamente—. Hoy tú arriba, yo abajo; mañana al revés... ¿Van a aplicarme otra dosis de «Mnemo-2»?

—Le curaron, ¿eh? —dijo Buckley.

—Aquí estoy, tan campante.

—Por poco tiempo...

Shalloo extendió la mano.

—Déjalo, Sam —ordenó.

—Pero...

—El sabe mucho menos de lo que esperábamos. Nuestro objetivo es el profesor Tzorvux.

—¿Vamos a permitirle que se marche? —preguntó Deynn, atónito.

—No. El se quedará, aunque no deseo hacerle ningún daño. —Shalloo miró fijamente al joven—. Es usted un idealista, muchacho y eso le hace acreedor a mi simpatía.

—Gracias —sonrió Ockers.

—Pero nosotros tenemos una misión asignada y hemos de cumplirla.

—¿Meridionales?

Shalloo respingó.

Una sonrisa apareció en los labios del joven. La idea se le había ocurrido bruscamente y había dado resultado.

—Lo lamento —dijo Shalloo—, Ya no puedo hablar más.

Instantes después, Ockers recibía en la cara un chorro de gas. Todo dio vueltas a su alrededor. Lo último que sintió fue que dos pares de brazos le colocaban en el diván.

Después, pero como si viniera de muy lejos, la voz de Shalloo:

—Vámonos, ya no hemos de volver más por esta casa.

* * *

Mientras volaba en su aeromóvil, de regreso a la casa del profesor, Jenny se preguntaba qué podría contener el misterioso paquete que un desconocido le había entregado en la capital de Neutralia.

El~ paquete tenía forma aproximadamente cúbica y medía unos cincuenta centímetros de lado. Era bastante pesado y los precintos de su envoltura le impedían ver su contenido.

Pero, por otra parte, no le preocupaba demasiado. Su confianza en el profesor era ilimitada. Tzorvux era partidario de la independencia de Neutralia. Jenny sabía que algún día, su país sería libre.

El aparato volaba por medio del piloto automático. Jenny había hecho un viaje bastante largo y estaba cansada. Colocó el sillón en la posición más conveniente y relajándose, cerró los ojos.

De pronto, oyó un vivo campanileo en el interior de la cabina. Al examinar los instrumentos, vio que una lámpara centelleaba en el panel de mandos.

Inmediatamente recuperó el control del aparato. Al mismo tiempo, conectó el visor telescópico, en un «barrido» de 360°, lo que le permitió ver, a los pocos segundos otro aeromóvil que caía sobre el

suyo a toda velocidad.

Había salido ya de los límites de Neutralia, pero sabía que su policía tenía pocos escrúpulos. Probablemente, el aparato perseguidor estaba armado con torpedos dirigidos.

Frenéticamente, Jenny manejó los controles, realizando una maniobra desesperada, al máximo de velocidad. Su acción pilló completamente desprevenidos a los perseguidores.

El aeromóvil de Jenny describió un círculo completo, vertical, terriblemente ceñido, que le llevó a situarse a la cola del perseguidor. Jenny dio toda la potencia y el aeromóvil avanzó vertiginosamente. Sorprendidos, sus perseguidores no tuvieron tiempo de reaccionar.

En el último instante, Jenny desvió ligeramente el aparato, evitando la colisión directa. Pero su aeromóvil rozó al otro con gran violencia, haciéndole dar un par de volteretas en el aire.

El piloto perdió el dominio de los mandos. Sin control, el aeromóvil se precipitó a tierra, estrellándose con tremenda explosión.

Jenny sudaba. Acababa de salvar la vida. ¿Cómo se habían enterado de que llevaba algo que era muy importante para el profesor?

Aquellos hombres que la perseguían, ¿obedecían al consejo secreto de Neutralia?

Presa de un fuerte sentimiento de ansiedad, continuó su camino. Empezaba a pensar que el asunto en que tomaba parte resultaba demasiado complicado para ella.

Y terriblemente peligroso.

CAPITULO XI

Los tres hombres se acercaron cautelosamente a la casa del profesor.

—Hoy mismo debe quedar solucionado el negocio —dijo Shalloo.

El pie derecho de Buckley pisó un trozo algo blando del suelo. Buckley no le concedió importancia.

De haberlo sabido, sin embargo, habría dado media vuelta y echado a correr. Pero ignoraba que su pie había disparado la alarma que

rodeaba por completo la residencia de Tzorvux.

Un *reíais* automático entró en funcionamiento. El generador de energía másica suministró la necesaria para el bloqueo de los accesos.

Shalloo y Buckley iban en cabeza. Deynn marchaba un par de pasos rezagados.

De repente, Deynn oyó un débil grito. Procedía de la garganta de Buckley. Shalloo, en cambio, no dijo nada.

Deynn se detuvo, espeluznado. Delante de él, había dos figuras inmóviles, envueltas en un fuego silencioso, que les daba la apariencia de sendos espectros, compuestos de materia ígnea, de color blancoamarillento y con una elevadísima temperatura. Pero, un par de segundos después, aquellos dos fantasmas desaparecieron en la noche.

Lleno de pánico, Deynn dio media vuelta y echó a correr como un loco. El profesor era demasiado peligroso, se dijo, mientras se tiraba de cabeza al interior del aeromóvil que les había transportado hasta allí.

En el interior de su casa, Tzorvux sonrió complacidamente.

—Esos ya no molestarán más —dijo.

Dolores, el ama de llave, estaba en su habitación. A oscuras, junto a la ventana, había contemplado la terrible escena. Mentalmente, tomó nota de lo arriesgado que resultaría entrar o salir de la casa sin permiso de su dueño.

A varios kilómetros de distancia, Ockers empezaba a recobrar el sentido.

De pronto, se sentó en el diván. En un instante, recordó todo lo ocurrido.

«¡Tzorvux corría un serio peligro!», pensó.

De un salto, se levantó y corrió hacia el videófono.

—¡Profesor! —llamó ansiosamente.

Tzorvux sonrió instantes después ante el objetivo de su videófono.

—¿Suced algo, muchacho?

—Escuche, encontré la guarida de los agentes meridionales. Van hacia su casa...

—Ya han llegado, Mel.

—¿Cómo dice, profesor? ¿No le han hecho nada?

—Tranquilo, muchacho; nadie puede entrar o salir de mi casa sin mi permiso.

—Bien, me gustaría ir y hablarle...

—Por supuesto, Mel, ven cuando quieras.

El joven no perdió tiempo. Momentos después, su aeromóvil despegaba de la azotea del edificio.

Mientras volaba hacia la residencia del profesor, se reprochó a sí mismo no haber preguntado por Jenny. Pero lo sabría dentro de unos minutos, se dijo.

Un cuarto de hora más tarde, se apeaba del aparato. Dolores salió a recibirle.

—El profesor está ocupado. Saldrá más tarde —informó el ama de llaves.

—Pero es que se trata de algo urgente...

—Sus órdenes son muy estrictas, señor Ockers.

El joven se resignó.

—Está bien, supongo que él sabe lo que se hace —dijo.

—No le quepa la menor duda. ¿Quiere tomar algo mientras tanto?

—Café, por favor, señora Paz.

—Al momento.

Ockers se quedó solo en la estancia, consumido por la impaciencia y el nerviosismo que se habían apoderado de su ánimo. Cuando vino Dolores, con el café, le preguntó si sabía algo de Jenny.

—La esperábamos hoy, señor —contestó el ama de llaves.

—¿Se ha retrasado?

—Un poco, a decir verdad. Pero llegará, no se preocupe.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

Dolores sonrió comprensivamente y se retiró. Ockers tomó una taza de café, pero su impaciencia y su inquietud no cedían.

De repente, sonó el zumbido del videófono. Corrió hacia el aparato y dio el contacto.

—Ah, es usted —exclamó, al reconocer a Markdor.

—¿Se siente decepcionado? —sonrió el hombre de la Polim.

—Hombre...

—Quizá esperaba una llamada de su chica.

—Dan, no se burle de mí. ¿Qué es lo que sucede ahora?

—¿Puede venir a mi casa?

—¿Ahora?

—Por favor.

—Está bien.

A continuación, Ockers llamó a Dolores.

—Si volviera Jenny, díglele que quiero hablar con ella inmediatamente. Estaré en casa del capitán Markdor.

—Muy bien, señor.

Tzorvux apareció inesperadamente.

—Larga Paz, Mel —saludó.

—Profesor, tengo algo importante que decirle. Shalloo pertenecía al espionaje de los Meridionales.

—¡Increíble! —exclamó Tzorvux.

—No hay duda alguna. El mismo me lo dijo.

—En el pecado llevó la penitencia, muchacho. No te preocupes más de ese tipo.

—¿Cómo?

—Intentaron asaltar mi casa y murieron.

Ockers abrió la boca de par en par.

—¿Qué pasó? —inquirió.

—La cúpula de energía fue puesta al máximo de potencia, apenas uno de ellos puso en funcionamiento el sistema de alarma. Consecuencia, murieron abrasados. Lino de ellos consiguió escapar, pero apostaría algo a que se ha vuelto loco.

—Ahora, el que dice «¡increíble!», soy yo, profesor.

Tzorvux se echó a reír.

—No te preocupes —le palmeó los hombros—. Estoy bien protegido.

—Lo celebro infinito. Profesor, tengo que marcharme.

—Anda, no te entretengas por mí.

Ockers corrió hacia el aeromóvil. Media hora más tarde, entraba en el departamento privado de Markdor.

—Aquí me tiene, Dan —dijo.

* * *

—He conseguido averiguar cosas muy interesantes —declaró el policía, a la vez que entregaba a su visitante una copa de brandy.

—¿Por ejemplo?

—Los nombres de todos los componentes del Gobierno secreto de Neutralia —dijo Markdor.

—¿Cómo lo supo?

Markdor sonrió.

—Tengo buenos sabuesos —respondió—. Conseguimos atrapar a uno de ellos, pero se resistió y resultó herido de gravedad. Habló y citó una larga lista de nombres. Ni siquiera los doce jueces son todos los que forman parte de ese Gobierno de las tinieblas.

—Es decir, son muchos más.

—Sí, bastantes más de los que nos pensábamos, claro que es lógico suponer que ni los que juzgaron a Jenny son personas de máxima calidad, ni todos cuyos nombres conocemos son tampoco de dicha clase. Pero hay un jefe supremo y a éste no lo conocía siquiera nuestro prisionero.

—Es decir, los jueces son segundones.

—De bastante categoría, pero segundones, al fin y al cabo —convino Markdor—, Ahora bien, el hecho extraño está en el informe del forense.

—¿Qué dice, Dan?

—El prisionero murió, tras haber hablado, afortunadamente. Como es lógico, se le practicó la autopsia. El forense sostiene que era un hombre de edad comprendida entre los cuatrocientos y quinientos años.

Ockers dio un salto en su asiento.

—¡Eso es imposible! —gritó.

Markdor hizo un gesto "con la cabeza.

—Al agonizar, el prisionero envejeció rapidísimamente, Entonces, el forense decidió hacerle la prueba del carbono-14. Ya sabe, ese elemento pierde la mitad de su radiactividad cada determinado período de tiempo. Así se ha conseguido saber la edad de árboles milenarios...

—Lo sé, To sé —dijo Ockers, impaciente—. De modo que el prisionero era un Matusalén.

—Exacto. Pero eso no es todo. En el análisis de su estructura celular se encontró un grupo de cromosomas que no existen corrientemente entre los terrestres. Ese grupo genético se da solamente en seres nacidos en Ubbacq, de Sirio-Seis, y es el que, precisamente, concede los caracteres de longevidad que son comunes a los nacidos en aquel

planeta.

Ockers se desplomó sobre su asiento.

—¿Estamos ante una invasión extraterrestre? —musitó.

—¿Quién sabe?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Ockers exclamó:

—Dan, creo que el profesor debería conocer el resultado de sus investigaciones.

—No hay prisa, creo yo. En cierto modo, esto no le afecta.

—Sí, claro, pero después de lo de Shalloo...

—¿Qué ha pasado con ese tipo?

Ockers le relató lo sucedido. Markdor escuchó con suma atención, sin interrumpirle un solo instante. Cuando terminó, dijo:

—En cierto modo, eso tiene una importancia mucho más reducida. El espionaje entre las dos naciones semiplanetarias es algo que siempre ha ocurrido y ocurrirá, hasta que llegue el día en que sean una sola nación. Lo más peligroso es el Gobierno secreto de Neutralia, cuyo nombre, en esta ocasión, empieza a resultar ya completamente inadecuado.

—Creo que le entiendo, Dan —sonrió Ockers.

—Tanto mejor. Por cierto, ¿qué es de Jenny?

—El profesor la envió a una misión, pero aún no ha regresado.

En aquellos momentos, Jenny se encontraba en un grave apuro.

* * *

El aeromóvil no funcionaba bien. Jenny se dio cuenta de que la colisión, aun no habiéndose producido directamente, había afectado a algunos de sus instrumentos, tal vez las conexiones que activaban los generadores de potencia.

Los indicadores de fuerza señalaban cifras más bajas cada vez.

Jenny se dijo que no le quedaba otro remedio que buscar algún sitio donde pudieran revisar el vehículo o, al menos, alquilar otro.

Perdió altura. El aeromóvil volaba con cierta irregularidad, a saltos, en ocasiones. De repente, vio una luz anaranjada que destellaba rítmicamente.

Jenny exhaló un suspiro de alivio. Había encontrado un parador. Allí podría pedir ayuda al profesor quien, seguramente, le enviaría su propio aeromóvil. O quizá sería el propio Ockers quien llegase con el socorro que esperaba.

El aparato se posó suavemente en las inmediaciones del edificio, de gran extensión, rematado por una alta torre, en cuya cúspide se hallaba la lámpara que permitía su identificación a gran distancia. Jenny saltó al suelo y se dirigió hacia la recepción.

Estaba situada en un espacioso vestíbulo, con abundancia de sillones. Jenny divisó a dos hombres que charlaban apaciblemente en un rincón. El conserje estaba tras el mostrador, contemplando con aire aburrido un programa nocturno de televisión.

—Larga Paz —dijo la muchacha.

—Larga Paz, señora —contestó el hombre—. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito hacer una llamada de larga distancia. El videófono, por favor.

—Al momento, señora.

El conserje tocó una tecla y el videófono surgió en el mostrador. Jenny marcó la cifra deseada y esperó.

La hora era muy avanzada. Tzorvux, pensó, debía de estar durmiendo.

Mientras aguardaba la respuesta, vio que los dos hombres que estaban en el vestíbulo salían fuera. A través del ventanal se percató de que estaban acercándose a su aeromóvil.

Un oscuro sentimiento de alarma nació en su mente. Olvidándose del videófono, corrió hacia la puerta.

Los dos hombres entraban en el aeromóvil en aquel momento.

—¡Eh, salgan de ahí! —gritó.

Uno de ellos se volvió y, desde la puerta, disparó un par de tiros contra la muchacha. Jenny, aterrada, se tiró al suelo.

Sentíase irritada consigo misma. Su falta de precauciones era patente. Por no haber cerrado la puerta del aparato, aquellos dos hombres se lo iban a llevar...

El aeromóvil se elevó un par de metros, pero descendió de nuevo. Jenny, guarecida tras la entrada del edificio, vio que los ladrones volvían a salir. Seguramente, se habían dado cuenta de las deficiencias del aparato y no querían cargar con un trasto poco menos que inútil.

Pero, de pronto, observó que uno de los individuos iba cardado con el paquete que le habían entregado en Neutralia.

—¡Ladrones! —chilló.

El del revólver se volvió y disparó de nuevo. Jenny tuvo que esconderse por segunda vez.

De súbito, cuando ya lo daba todo por perdido, vio surgir a varios hombres de negro uniforme.

—¡Alto! —gritó uno de ellos, con insignias de teniente.

Hubo un intercambio de disparos. Los hombres de la Polim usaron sus armas.

Segundos más tarde, dos sujetos yacían en el suelo. Jenny corrió hacia el lugar donde había caído el paquete.

—Esto es mío —dijo al oficial de policía.

El hombre sonrió.

—Lo sabíamos —manifestó.

—¿Qué dice? —exclamó Jenny, en el colmo de la estupefacción.

—Soy el teniente Rimmerholt —se presentó el policía—. Por favor, señorita, yo me encargaré de llevar el paquete.

—Pero...

—El capitán Markdor nos encargó que vigilásemos su ruta.

Jenny apretó los labios.

—No soy una espía —dijo.

Rimmerholt se apoderó del paquete.

—Dejemos esto en manos del capitán —contestó—. ¿Vamos?

Jenny no comprendía muy bien lo que sucedía, aunque empezó a pensar en lo peor.

Dada la fama de la Polim, lo peor podía ser muy malo, pensó amargamente, mientras caminaba hacia el aeromóvil policial situado a corta distancia.

CAPITULO XII

Estupefacta, Jenny se encontró poco después de amanecer en la residencia privada de Markdor.

—Señor —dijo Rimmerholt.

—Gracias, teniente, ha hecho usted una buena labor.

—Sí, general.

Jenny estaba atónita.

—¿General? —repitió, después de que Rimmerholt hubo salido de la estancia.

—El título de capitán es sólo ocasional —sonrió Markdor—. A veces, conviene.

—Bien, ahora ordenará mi arresto...

Markdor seguía sonriendo.

—Tengo algo para usted —dijo—. Aguarde un momento, por favor.

Markdor abandonó la estancia. Momentos después, Jenny oyó pasos.

De pronto, Ockers ante sus ojos.

—¡Mel! —gritó ella, sin poder contenerse.

—Hola, preciosa.

Jenny se dejó abrazar.

—Me parece mentira... —suspiró. De pronto recordó el lugar en que se hallaba—. Mel, el capitán Markdor no es tal...

—Lo sé, él me lo ha contado todo.

—Entonces...

—Ten un poco de paciencia, te lo ruego. Pero estás algo ojerosa. Has pasado una noche infernal, sin duda.

—No lo sabes bien. ¿Hay algo de café en esta casa?

Ockers sonrió.

—Markdor es amigo —dijo—, Para más detalles, te diré que es ahora el jefe de la Polim. Bernelli ha sido destituido.

—¿Por qué? —se asombró ella.

—Era uno de los enmascarados que te juzgaron.

—Oh —murmuró Jenny, atónita.

Markdor entró en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—El desayuno —anunció alegremente.

Jenny observó que el paquete que había traído faltaba de la habitación.

—No se preocupe —dijo Markdor, mientras servía el café—. Ese paquete le será devuelto muy pronto.

—Pero... no entiendo...

—Anda, tómate el café —indicó Ockers.

Jenny obedeció. Presentía que sucedía algo de gran importancia. Ockers, pensó, no se sentiría tan tranquilo, de no estar seguro de la rectitud de intenciones de Markdor.

—Estás cansada —dijo el joven poco después—. Convendría que durmieses unas cuantas horas.

—Pero el profesor me aguarda...

—Yo hablaré con él, no te preocupes.

Jenny se resignó a hacer lo que le decían. Cuando se tendió en la cama, sintió una especie de relajación, que le permitió dormirse de inmediato.

Despertó horas más tarde. Desde el lecho podía oír las voces de Ockers y Markdor, quienes hablaban en la sala vecina.

—Ya no cabe la menor duda —decía Markdor.

—Resulta difícil de creer, pero no puede ser de otro modo —convino el joven—. Sin embargo, Dan, yo querría pedirle a usted un favor.

—¿Sí, Mel?

—Déjeme que vaya yo y hable primero. Con Jenny, por supuesto. El resto de la acción quedará para usted y sus hombres.

Jenny se dio cuenta de que Markdor parecía reflexionar sobre la propuesta que acababa de serle formulada.

—No hay inconveniente —accedió finalmente el hombre de la Polim.

—En tal caso, voy a despertar a Jenny.

—Estoy aquí —dijo la muchacha.

Ockers y Markdor se pusieron en pie.

—¿Has descansado? —preguntó el primero.

—Sí, me encuentro mucho mejor.

Los ojos de Jenny captaron la imagen del paquete que le habían entregado para el profesor. Sintióse aliviada al verlo intacto.

—Mel, es hora de que vaya a casa del profesor —manifestó.

—Te acompañaré —dijo él—. Hasta luego, Dan.

—Hasta luego —contestó Markdor.

—Mel, cuando me desperté, tú hablabas con Dan de cierta acción...
—dijo ella, cuando ya volaban en el aeromóvil

—Si tienes un poco de paciencia —sonrió él—, pronto lo sabrás todo.

—No hay prisa —aseguró la muchacha.

* * *

Ockers entró con el paquete en las manos. Tzorvux salió a recibirles alborozadamente.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Ya era hora! ¿Fue bien el viaje, Jenny?

—No puedo quejarme —sonrió la aludida—. Profesor, su paquete.

—Gracias. Luego lo abriré...

—¿Por qué no ahora mismo, profesor? —sugirió Ockers.

Las cejas de Tzorvux se arquearon.

Tzorvux dejó de sonreír.

—Tengo trabajo —alegó.

—Abra el paquete, profesor.

—¿Por qué ese empeño? —dijo—. No contiene nada de importancia.

—Yo creo que sí, profesor. Lo que hay dentro de esa caja es algo de enorme importancia.

—Muchacho, creo que no sabes lo que te dices —exclamó Tzorvux, irritado—. Ese paquete no debe preocuparte en absoluto.

De repente, Ockers arrancó la envoltura superior. Levantó una tapa y dejó al descubierto una serie de pilas de tarjetas alargadas, sumamente finas, de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho. El grosor de cada tarjeta no superaba la décima de milímetro.

—Pero, ¿qué haces? —gritó Tzorvux—. ¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso, profesor —contestó Ockers, muy serio—. Si no me

equivoco, ahí hay doscientas cincuenta mil tarjetas perforadas, con las características mentales de otras tantas personas, todas ellas neutralianas. Diciéndole con más claridad, en cada tarjeta aparece la longitud de onda mental de una persona.

—Eso que dices es...

—Es la pura verdad, profesor. Pero todavía hay más. Usted ha ampliado enormemente el potencial de su Psicontrol. No servirá su aparato solamente para gobernar los vehículos de toda clase, sino para influenciar las mentes de una «élite» selecta que, bajo su mandato, acabaría gobernando la Tierra.

—Jenny, ¿has oído?

Ella asintió.

—He oído y le creo, profesor —contestó.

—¡Pero yo salvé a la Tierra de la Cuarta Guerra Cataclísmica! Yo paralicé miles y miles de cohetes en sus silos de lanzamiento —clamó Tzorvux.

—Nadie duda de que fue así y por ello debemos estarle muy agradecidos —manifestó el joven—. Es preciso admitir que se trataba de una hazaña fabulosa, pero, en cierto modo, también fue el ensayo general para la aplicación de su Psicontrol en gran escala. Porque a usted, en cierto modo, no podía convenirle el dominio sobre un planeta poblado por cadáveres.

—¡Je! Vaya fantasía —rió Tzorvux—. ¿De dónde te has sacado todas esas historias?

—Durante mucho tiempo, usted, por medio de su grupo de agentes, entre los que figuraba Jenny, fue averiguando no sólo la situación de los silos, sino la fórmula electroencefalográfica de las personas que figuran en esas tarjetas, todas ellas elegidas especialmente entre las de mayor actividad cerebral. Quiere ello decir que todos son telépatas potenciales, como Jenny, lo que significa que, con un breve entrenamiento, aprenderían a controlar su mente y a leer en los pensamientos de los demás. ¿Qué, mejor para sus planes que contar con un ejército de telépatas, compuesto por personas que habrían acabado por asaltar los puestos claves de los gobiernos y las administraciones, no sólo del Norte y del Sur, sino también de Neutralia? Así, fácilmente, sin prisas y sin disparar un solo tiro, el planeta habría sido suyo. Niegue ahora que ésos eran sus planes,

profesor, niéguelo sí se atreve.

—Lo que oigo no son más que disparates, Mel. Eres una víbora desagradecida...

—¿Por qué permitió usted que se reuniera el gobierno secreto de Neutralia para juzgar a Jenny, si no era porque tenía la intención de eliminar a unos peligrosos competidores? ¿Cómo nos guió a Markdor y a mí hasta allí, si no tenía esas intenciones?

»Pero todavía hay más, profesor. Cuando nos aplicaron la "Mnemo-2" a Pickerson, a Markdor y a mí, usted supo muy pronto que se trataba de esa droga. Resulta extraño, puesto que usted jamás ha tratado con sustancias químicas. ¿Lo va comprendiendo ahora?

—Bueno, eso es algo de uso relativamente comente...

—No trate de escabullirse, profesor. —Ockers vio que Dolores aparecía en el umbral de la sala, pero se quedaba quieta, sin intervenir, y continuó hablando—: La única explicación posible es que usted es el hombre que inventó la «Mnemo-2».

—Fue Wirqombus y murió hace setenta años —protestó Tzorvux.

—El mismo que descubrió también las aplicaciones de la energía másica, con lo que la energía nuclear desapareció por completo. El generador másico aprovecha íntegramente la incalculable cantidad de energía contenida en la masa de un cuerpo, cualquiera que sea éste, con lo que en las centrales eléctricas ya no se emplean reactores de uranio, cuyo aprovechamiento energético es ínfimo comparados con los del tipo Wirqombus. Pero todavía hay más.

»Del mismo modo que paralizó los cohetes en sus silos, usted controló todas las emisiones de televisión y apareció en todas las pantallas del planeta, disfrazado de

«Locutor Negro». ¡Y lo hizo desde aquí, sin moverse en absoluto, como habría hecho para dar órdenes a sus subordinados a través del Psicontrol y así conquistar este planeta!

«¡Porque usted, profesor, es Wirqombus! —concluyó Ockers dramáticamente.

Sobrevino un denso silencio. Tzorvux retrocedió un paso.

Jenny le miraba estupefacta. Aquel hombre que aparentaba sesenta

años bien conservados, ¿cuántos tenía, en realidad?

—Conseguimos atrapar a uno de los miembros del Gobierno secreto de Neutralia, aunque no sin un tiroteo, en el que resultó gravemente herido. Cuando agonizaba, envejeció rapidísimamente —dijo el joven—. El forense le calculó una edad real de cuatro o cinco siglos. ¿Cuál es su edad, profesor?

—He luchado por este planeta...

—Para dominarlo finalmente —corrigió Ockers.

—Evité una guerra catastrófica.

—Por su propia conveniencia.

Tzorvux alzó la cabeza

—Está bien —dijo—. ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Matarme? Tú no eres de esa clase de gentes, Mel.

—No, no lo soy, pero le pondremos a buen recaudo.

El profesor sonrió de un modo extraño.

—Pobre tonto —dijo—. ¿Cómo crees que vas a poder dominarme?

De pronto, metió la mano en el interior de su blusa y sacó una pistola de forma muy extraña. El cañón estaba dividido, en su extremo, en seis bocas de calibre muy fino, apenas un milímetro de diámetro. Hacia la culata se veía una gruesa protuberancia de forma de paralelepípedo, con unas diminutas lámparas que brillaban en su cara superior.

—Si alguna vez has oído hablar de una pistola desintegrante, cosa que dudo, aquí tienes una, Mel —dijo Tzorvux.

—Eso significa que piensa convertirme en humo.

—No podrá —dijo Dolores súbitamente.

—¡Señora Paz! —barbotó el profesor—. No se meta en asuntos que no le conciernen.

—Me gusta el nombre terrestre, pero, en realidad, me llamo Kawia-566 y soy nativa de Ubbacq, de Sirio- Seis, como usted, profesor.

Tzorvux se volvió lentamente hacia el ama de llaves.

—Usted...

Dolores movió la cabeza varias veces.

—En efecto —confirmó—. Soy agente del Gobierno de Ubbacq. Le han seguido el rastro durante muchísimos años. Al final, lo encontraron y me encomendaron una misión muy desagradable, aunque no por ello menos necesaria. En Ubbacq no queremos complicaciones con otros planetas. Allí pensamos que son los nativos los que deben elegir a sus propios gobernantes. ¿Lo entiende ahora?

—La pistola está...

—Descargada —dijo Dolores.

Tzorvux lanzó un aullido de rabia. Tiró el arma y sacó un revólver corriente, pero entonces, Dolores enseñó una pistola similar a la primera y disparó.

El profesor se convirtió en humo casi instantáneamente.

—Esta era la misión que se me confió, aunque no podía llevarla a cabo, en tanto no tuviera las pruebas suficientes —dijo Dolores inexpressivamente.

Markdor entró en la casa en aquel momento.

—Me ha ganado por la mano, Dolores —manifestó.

—Capitán, deténgame si lo cree conveniente —dijo el ama de llaves.

Markdor se echó a reír.

—La detendré y la sentenciaré a una pena muy dura.

—Cadena perpetua —adivinó Ockers.

—Estoy dispuesta —manifestó Dolores.

—Pero, mujer... lo que Markdor, general y no capitán, dicho sea en honor a la verdad, ha querido "decir es que le va a imponer la pena de vivir siempre a su lado —exclamó el joven.

Los ojos de Dolores se dilataron.

—¿Es cierto eso, Dan? —preguntó.

—Á menos que tengas seiscientos años...

—Treinta y nueve —puntualizó ella orgullosamente—, Tzorvux sí tenía seiscientos bien corridos.

Ockers meneó la cabeza.

—¿Cómo pudo tener paciencia para esperar tanto tiempo? —murmuró.

—El tiempo no era obstáculo para él. Pero llegó un momento en que hubiera resultado sospechoso una excesiva longevidad para Wirqombus y simuló su muerte, transformándose después en Tzorvux —explicó Dolores—. Y aunque era un hombre sumamente inteligente, la mayoría de las cosas que dijo haber inventado, se conocían en Ubbacq desde hacía cientos de años. Pero allí no podía ver satisfechas sus ansias de dominio y por dicha razón, apenas se conoció la existencia de la Tierra, se trasladó aquí, adoptando, pasados algunos años, la identidad de un nativo.

—Nos hemos librado de buena —suspiró Markdor.

—¿Estaba Shalloo de acuerdo con él? —preguntó Jenny.

—No. Pertenecía al espionaje de los Meridionales. También querían el Psicontrol, pero por motivos muy distintos.

—Yo conozco bien el proceso de fabricación de esos aparatos —declaró Dolores—. Lo divulgaremos ampliamente, a fin de que nadie se aproveche en exclusiva de sus beneficios.

—¿No correremos el riesgo de que alguien quiera imitar a Tzorvux? —temió Ockers.

—Se vigilará el uso de los cascos de Psicontrol, como tantas otras cosas, y no ocurrirá nada —aseguró Markdor.

Ockers se volvió hacia la muchacha.

—La independencia de Neutralia tendrá que esperar —dijo— A mí también me hubiera gustado. Mi madre es de Neutralia, ¿sabes?

Jenny sonrió.

—Lo importante es que la Tierra siga siendo independiente. Un día

no habrá neotropicalistas, ni nórdicos ni meridionales, sino sólo terrestres —vaticinó.

—Así será —contestó Ockers solemnemente.

Miró a la muchacha.

—Tu futuro y el mío están unidos —dijo.

—Sí —fue la escueta respuesta de Jenny.

F I N



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

